

# POR Y PARA SIEMPRE



CARMEN COLORADO

Por y para siempre.

© Carmen Colorado, 2024.

© Ana Orgaz, por la corrección y maquetación.

© Verónica Espinosa, por la portada.

1ª Edición Enero de 2024

Todos los Derechos Reservados.

Registrado el 10 de noviembre con el número 2311106074719

Todos los derechos reservados. Nada de este libro puede ser reproducido sin la autorización expresa del autor.

Todos los personajes, situaciones y sucesos que aparecen en el libro son ficticios.

Cualquier parecido con la realidad es coincidencia.

**POR Y PARA SIEMPRE**

**CARMEN COLORADO**

## ÍNDICE

[Uno](#)

[Dos](#)

[Tres](#)

[Cuatro](#)

[Cinco](#)

[Seis](#)

[Siete](#)

[Ocho](#)

[Nueve](#)

[Diez](#)

[Once](#)

[Doce](#)

[Trece](#)

[Catorce](#)

[Quince](#)

[Dieciséis](#)

[Diecisiete](#)

# Uno

## *Amelia*

Un nuevo día de mi nueva vida.

Mudarse a una ciudad en la que no conoces a nadie es complicado. Aunque es más difícil quedarte en un lugar en el que se supone que todo el mundo te conoce, cuando realmente no es así. Prefiero lo primero, estar en un entorno donde poder conocer gente nueva, que me quieran y me apoyen por mí, a quedarme en un lugar donde me quieran por conveniencia. Nunca soporté este tipo de amistad y ya es hora de decir basta.

Durante los primeros días, recorrí las calles de Barcelona en busca de un trabajo y, por suerte, me cogieron como camarera en un club bastante frecuentado del centro. Tengo bastante experiencia y la dueña no se lo pensó. Me enseñó la distribución y el modo de trabajo, incluso me presentó a mis compañeros —tanto camareros como cuerpo de seguridad—. En poco más de tres días ya estaba habituada al lugar y podía moverme con libertad. Lo hacían bastante sencillo.

Ahora, casi ocho meses después, estoy totalmente integrada en el grupo y la conexión de trabajo, así como el ambiente, es extraordinario. Cosa que agradezco desde el primer día.

El horario de hoy es nocturno, así que aprovecho la mañana para hacer algunos recados y descansar. Mientras preparo la comida, llamo a mi madre. Para ella, tenerme tan lejos es muy complicado.

—¡Hola, mamá!

—Hola, hija, ¿cómo va tu día?

—Tranquilo, por el momento. Hoy tengo turno de noche. He aprovechado para hacer algunas compras. ¿Y tú?, ¿cómo llevas tu día?

—Parece que el ambiente en casa está mejorando, hija. —Sonrío—. Después de la muerte de tu abuelo todo se volvió más tenso, ya sabes que tu padre y él estaban muy unidos...

—Sí, papá sigue muy triste aún. Necesita tiempo.

—Sí, así es. Hoy hemos estado en su casa, recogiendo su ropa. Volver a entrar le ha traído muy buenos recuerdos. Además, ha encontrado una pequeña libreta, tu abuelo apuntaba todo sobre su huerto, fechas de sembrado... —Ambas reímos, es muy propio de él—. Papá la ha cogido y dice que montará su propio huerto en el patio.

—Es una gran idea. Le recordará mucho al abuelo y sé que lo hará más feliz.

—En eso estamos de acuerdo. ¡Antonio, la niña está al teléfono! —exclama entonces—. ¿Quieres hablar con ella?

—¡Ahora mismo voy, Beatriz! —Sonrío al escuchar su voz lejana.

—Se le oye más animado —apunto.

—Lo está. Te dejo con él, cariño, yo voy a terminar de recoger un poco. Te quiero mucho, hija. Ven pronto a visitarnos.

—Lo prometo, mamá. Yo también te quiero.

En cuestión de segundos, es la cara de mi padre la que aparece en pantalla. Su expresión ha cambiado y, sí, está mucho más contento. Verle así me hace muy feliz, no sabe cuánto.

—Hola, Amelia, cariño.

—Hola, papá, ya me ha dicho mamá que vas a hacer un huerto en casa. —Escucho su risa al

otro lado.

—Así es, cariño, he encontrado la libreta de tu abuelo y creo que es la mejor idea. Siempre me ha gustado mucho trabajar con él, tú lo sabes.

—Lo sé. Es una bonita manera de tenerlo presente.

—Esa es la idea —apunta animado—. ¿Trabajas hoy?

—Sí, de noche.

—¡Tienes el horario nocturno últimamente! —bromea.

—Así es, y aunque no lo creas, me gusta. El ambiente es mejor, hay más trabajo, pero no hay color. Yo lo prefiero.

—Mientras tú estés bien, cariño, el horario y el lugar dan igual.

—Así es. Gracias por apoyarme siempre, papá.

—Siempre lo haré, lo sabes bien. —Sonríó al escucharlo.

Nunca fui una chica estudiosa, lo intenté, él sabe que puse todo mi esfuerzo en ello, pero no era mi fuerte. A los dieciocho, tras terminar bachiller con un gran esfuerzo, busqué trabajo. No quería seguir estudiando, no se me daba bien y al final era una pérdida de tiempo. Por ello busqué cualquier oficio que se me pudiera dar bien, hacía los cursos o pequeñas formaciones que me pedían para poder trabajar y siempre me contrataban. De este modo he podido independizarme y hacer mi vida por mi cuenta, sin depender de nadie.

Fue mi decisión y la respetaron desde el principio, por este motivo siempre les he estado agradecida. Mucho.

No puedo estar mucho más tiempo al teléfono con ellos, necesito descansar y dormir un poco antes de irme al trabajo. Además, aún tengo que preparar algunas cosas de casa. Hablar con ellos a diario, o casi, me da la energía que en ocasiones me falta para ir a trabajar. Siempre han sido mi motor y siempre lo serán.

### ***Alba***

Mi vida en los últimos tiempos no está siendo muy animada. Perder a mi padre en aquel accidente fue horrible. Desde entonces soy incapaz de levantar cabeza. Han pasado dos años, todo a mi alrededor ha ido mejorando poco a poco, pero siento que me falta algo. Se llevó un pedacito de mí aquel día.

Él era médico, para mí el mejor de todos. Mi mayor ejemplo. Un día, al volver del trabajo, un camión perdió el control y terminó chocando con él y varios conductores más. Los médicos dijeron que fue tan rápido que ni siquiera —por suerte— pudo darse cuenta. Lo prefiero así. No sufrió.

Mi padre fue mi ejemplo a seguir, por eso mismo empecé a estudiar enfermería. Siempre estuvo muy orgulloso de mi decisión y, ahora que falta poco menos de un año para graduarme, no puedo evitar pensar en su ausencia.

—¡Alba, la comida está lista, no tardes!

Mi madre, esa mujer fuerte y valiente que no me dejó sufrir en este trance, por muy mal que ella estuviera. Lo pasó bastante mal, como es evidente, pero sé que escondía todo ese dolor para protegerme. Este tipo de gestos siempre los agradeceré, sobre todo si vienen de su mano. Es el mayor sacrificio que una madre puede hacer por su hija, esconder ese dolor para evitar un mal mayor. Al menos yo lo veo así.

Dejo mis apuntes a un lado y bajo a comer. Justo al sentarme, el teléfono de casa suena. Mamá lo coge y me lo pasa.

—Es Andrea —susurra tapando el altavoz. Asiento y contesto.

—Hola, Andrea.

—*¿Se puede saber dónde tienes el teléfono?* —exclama un poco borde.

—Arriba, en mi cuarto, ¿por qué? —pregunto extrañada, lo he mirado antes de bajar y no tenía ninguna llamada.

—*Bueno, da igual* —contesta desganada—. *Te llamaba para saber si quieres salir hoy. Últimamente no contestas a los mensajes, no sales... ¿Es que no quieres a tus amigas?* —Pongo los ojos en blanco al escucharla.

—Nunca he dicho eso. Ya sabes que prefiero otro tipo de planes, no soy muy fiestera.

—*Ya, bueno, nosotras vamos a salir hoy. Hemos reservado en un local del centro. Te mandaré ubicación por si decides venir. Luego me pagas tu parte y listo.* —Ahora comprendo la llamada.

—Vale, os veo esta noche.

—*¡Más te vale!* —contesta antes de colgar. Miro la pantalla y suspiro.

—¿De verdad vas a salir con ellas? —pregunta mi madre.

—Sí, necesito despejarme un poco.

—Sabes que no me gusta que te relaciones con esas chicas, son un poco...

—¿Juerguistas?, ¿despechadas? Sí, lo sé. Tranquila, las conozco bien.

—Cuídate de ellas, ¿sí? Si en algún momento necesitas que vaya por ti, llámame.

—Gracias, mamá —Beso su mejilla en agradecimiento—, pero no hará falta.

—Ojalá encuentres a alguien que te valore de verdad, esas chicas no te merecen.

«Ojalá», pienso.

Al terminar de comer ordeno un poco mi habitación y me recuesto en la cama para repasar un poco mis redes sociales y ver la ubicación del lugar donde han reservado. Está a media hora de mi casa en coche. Cogeré el autobús y ya veré al volver, quizás compartamos un taxi.

Elijo un vestido blanco con florituras azules que llegan hasta las rodillas, una chaqueta y unas botas negras para complementar el conjunto. Intento quedar con todas ellas para ir juntas, pero, como de costumbre, ya han hecho sus planes. Aún no sé por qué sigo quedando con ellas, la verdad, quizás para no sentirme sola. Aunque, pensándolo bien, me siento menos sola cuando estoy a solas, valga la redundancia, que estando con ellas.

Intento no pensar demasiado en ello, si lo hago me quedaré en casa.

Cojo mi bolso, me despido de mi madre y me marcho. Será una noche larga, lo intuyo.

Siempre he sido la chica rara del grupo. No me gusta salir, prefiero planes más tranquilos. Bebo en pocas ocasiones, y mis gustos, en general, son muy diferentes. No obstante, lo que peor llevo es la manera de ser de ellas. Se caracterizan por ser altaneras, altivas y muy arrogantes cuando alguien, en este caso yo, no las sigue o hace lo mismo.

Supongo que el tiempo ha hecho que me acostumbre a ello, sin hacerles demasiado caso, claro. Si me tomara en serio todo lo que dicen quizás habríamos tenido alguna que otra charla. Mi forma de ser: calmada y paciente, me ha ayudado, aunque en alguna ocasión me perjudique. Sé que necesito cambiar algunos aspectos de mi vida, todo tiene su tiempo.

## Dos

### *Amelia*

El club está a media hora andando desde casa. En el día de hoy no me apetece demasiado pasear por la ciudad, y más pensando en la vuelta de madrugada, seguramente esté muy cansada y no me gastaré dinero en un taxi, así que decido coger la moto.

Me saqué el carné a los diecisiete, hace ya cinco años de eso. Estuve muchos meses ahorrando para comprármela. Guardaba el dinero que me daban por Navidad, cumpleaños y algún que otro día especial, pero debo admitir que no la tendría si no fuese por la aportación de mi padre. Él me ayudó y dio ese empujón final para poder conseguirla por el esfuerzo que había supuesto para mí, con la condición de poder dejársela en alguna ocasión. Siempre ha sido un gran aficionado y le encantan.

Acepté, por supuesto. Elegí una *Aprilia Tuono 125* en color rojo. Me enamoré de ella al verla y no he vuelto a soltarla ni un solo día, sobre todo desde que llegué a la ciudad. Recorrer sus calles al atardecer es puro espectáculo, y lo hago al menos un par de días a la semana. Me renueva por completo. Es una experiencia que le recomendaría a cualquiera.

Llego al local tan puntual como siempre. Me cambio de ropa, me pongo el uniforme, un pantalón y una camisa negra, amén de un delantal marrón, recojo mi pelo en una coleta baja y empiezo a trabajar.

Esta noche solo tengo un compañero, se encarga de reponer y tomar notas de las mesas del *VIP*, así como de recoger las mesas de la parte baja. Yo me quedo en la barra, soy más rápida en este ámbito y me he ganado el puesto sin problema. Se ha convertido en mi propio santuario.

La noche transcurre sin más. Mario, mi compañero, viene en un momento de pocos pedidos.

—¿Cómo vas por aquí?, ¿necesitas ayuda?

—De momento no. Todo parece bastante tranquilo, la gente está muy agrupada y vienen cada diez o quince minutos. —Él ríe.

—Ya los tienes controlados. —Mi sonrisa le acompaña.

—Son muy predecibles, no es mi culpa —bromeo—. ¿Necesitas ayuda arriba?

—No, todo está completo y servido.

Se marcha al segundo y vuelvo a mi trabajo. Ordeno las botellas y lavo algunos vasos. El ambiente hoy está muy aburrido, al menos para mí.

Tras un par de horas, los grupos están más disueltos, todos están mucho más ebrios y yo me divierto al ver la cantidad de tonterías que llegan a hacer.

—Y tú te preguntas por qué no bebo —le digo a Mario señalando al grupo de chicas que bailan tan descocadamente y sin control alguno—. No quiero acabar así.

No podemos evitar sonreír al verlas, son un espectáculo en vivo. Solo hay una chica en todo el grupo que parece estar avergonzada, en algún que otro momento se ha apartado, aunque segundos después vuelve obligada por el resto. Increíble.

La noche empieza a ser más interesante cuando esa misma chica llama mi atención por segunda vez. Su sonrisa dice que lo estaba pasando bien, en cambio, su mirada, dice todo lo contrario. No puedo evitar sonreír cada vez que la veo hacer muecas contrariada por el contoneo y el baile que sus acompañantes le dedican. En su lugar, ya me habría marchado.

Yo, mientras tanto, voy de un lado para el otro de la barra. Sirvo a todo aquel que se acerca y sigo con mi trabajo. Intento tener todo lo más decente posible para ahorrarme tiempo y limpieza al finalizar el trabajo.

En un descuido, ella se aparta del grupo. Viene directamente a la barra y, sin poder evitarlo, voy para servirle.

Se apoya suavemente en la barra, mira a su grupo y sonríe. La sonrisa más falsa que jamás he presenciado. Al girarse, pone los ojos en blanco y suspira. No puedo evitar reírme.

—Algo me dice que estás aquí más por obligación que por gusto —suelto mirándola. Ella me devuelve la mirada, me observa detenidamente por unos segundos y después habla.

—Muy observadora —contesta mirando al frente—. Un *gin-tonic*, por favor —me pide señalando su vaso.

—¿Qué haces aquí si no te gusta este tipo de ambientes? —pregunto mientras lo preparo.

—Gran pregunta. Supongo que, en ocasiones, hay que hacer algún que otro sacrificio por las amigas.

—Bueno, depende del tipo de amigas. —Me mira—. Si te conocieran bien sabrían que odias estos lugares y no te obligarían a venir. Al menos es mi percepción.

—¿Acaso crees que me conoces más que ellas? —Está a la defensiva y me gusta, para qué negarlo.

—No, no te conozco —apunto llenando el vaso con total calma—. Pero lo noto en tu mirada.

—Ya... —Coge la copa cuando está servida—. Si me disculpas, vuelvo con mis amigas.

—Adelante —contesto segura y con una sonrisa.

Me mira extrañada, no entiende mi acercamiento, y mucho menos la conversación que hemos tenido. Tarde o temprano lo hará.

La noche sigue adelante. Juro que no puedo evitar mirarla en alguna ocasión. Incluso alguna que otra vez la descubro mirándome. Sonrío y vuelvo a mi trabajo. La he calado y ella lo sabe.

Mi turno termina un poco antes de las tres de la madrugada. Estoy tan acostumbrada a trasnochar que decido dar un pequeño paseo en moto antes de volver a casa. Al salir del local me encuentro con el grupo de chicas en cuestión, por lo poco que puedo escuchar, deciden cómo volver a casa.

Yo, mientras tanto, quito el enganche de mi moto y me subo a ella. A punto de arrancar e irme escucho su voz.

—¿Otra vez me vais a dejar sola? —La miro y la noto enfadada—. Siempre hacéis lo mismo.

—¡No te quejes! Encima que te traemos... No te pasará nada de aquí a casa —replica una de sus amigas.

—Ya, pero...

—¡Nosotras nos vamos! —Todas empiezan a caminar excepto ella. Las mira con rabia y se marcha hacia el otro lado. ¿De verdad se considera amiga de esas chicas?

Arranco mi moto y salgo en su dirección. Al llegar a su altura le tiendo mi casco, ella se para y yo freno lo suficiente para quedar a su lado.

—Otra vez tú...

—Puedo llevarte.

—No es necesario, gracias. —Aún contesta borde.

—No es molestia.

—¡Que no, joder!

—Está bien, no montes si no quieres —contesto sin alzar la voz. Apago el motor y me bajo

—, pero te acompañaré. No es bueno que vuelvas sola a casa a estas horas.

Busca mi mirada intentando comprender si hablo en serio. Al ver que es así suspira y empieza a andar. Yo hago lo mismo a su lado.

—¿Por qué haces esto? —pregunta algo más calmada minutos después.

—¿El qué?, ¿acompañarte? —La miro y asiente—. Si no nos cuidamos entre nosotras, nadie lo va a hacer. Solo pretendo ser amable contigo.

La chica para en seco y yo también lo hago. La miro en busca de respuestas.

—Aún quedan varias manzanas —apunta—. ¿Cómo sé que puedo confiar en ti? —Sonrío.

—¿Piensas que voy a hacerte algo? —Se encoge de hombros—. Tienes razón, no me conoces de nada. —Pienso detenidamente, quizás presentándome y hablándole de mí le haré sentir mejor—. Me llamo Amelia, soy camarera en el club en el que has estado, aunque eso ya lo sabes. No soy de aquí, pero me mudé hace unos meses. Eh... No sé qué más decirte ahora mismo para que confíes en mí. Si te sientes más segura, puedes enviar tu ubicación en tiempo real a algún familiar mientras te llevo a casa. Yo no pretendo hacerte nada.

—No es necesario —apunta tras mis palabras—, creo que me he comportado como una idiota contigo, tú no tienes la culpa. —Sonrío de lado al escucharla.

—Entonces, ¿quieres que te lleve? —Le tiendo el casco de nuevo.

—Sí, por favor.

Ella lo coge, se lo pone y se monta tras hacerlo yo. Agarra los laterales de mi chaqueta para asegurarse.

—Soy Alba —susurra.

—Encantada, Alba.

—¿No tienes casco? —Me pregunta.

—Solo tengo ese —apunto—. Es mejor que lo lleves tú, así vas protegida —contesto con una sonrisa. Arranco de nuevo la moto y la llevo a casa.

Va dándome indicaciones durante varios minutos hasta llegar. Paro justo en su puerta, baja y me devuelve el casco.

—Gracias por traerme. Y siento mucho cómo te he hablado antes... No merecías esa reacción.

—No pasa nada. ¿Puedo ser sincera contigo?

—Claro.

—Sé que no me incumbe, pero esas personas no son amigas. Y te lo digo porque yo lo he vivido, he estado en la misma situación que tú.

—¿Y qué hiciste?

—Irme, dejar el grupo. Esas chicas no me querían ni me comprendían. Al final, nos damos cuenta de que ciertas personas, por mucho tiempo que pasen en tu vida, no son las adecuadas. Y en la mayoría de las veces solo nos hacen daño. No merece la pena vivir eso. Y no temas estar sola, puede parecer que lo estás, pero no es así.

—Parece fácil, sin embargo, no lo es.

—Lo sé. Busca esas personas que te acepten tal y como eres, que te quieran por ti misma y que estén ahí en las buenas, pero sobre todo en las malas. Esas personas sí son amigas, te lo aseguro.

La puerta de su casa se abre y sale una mujer más mayor. Por su parecido, supongo que es su madre.

—Alba, entra en casa cariño, es tarde. —Baja los escalones—. ¿Has venido en esa moto?

—Sí, mamá, no te preocupes, estoy bien. Mis amigas no han querido acompañarme y ella se ha ofrecido a traerme. —La mujer suspira.

—No entiendo cómo sigues saliendo con ellas —apunta. Parece que teníamos la misma opinión al respecto.

—Bueno, yo tengo que irme —intervengo—. Ha sido un placer traerte, Alba. Soy Amelia, encantada. —Tiendo la mano en dirección a su madre y la estrecha agradecida.

—Yo soy Catalina. Gracias por traer a mi hija, es muy considerado por tu parte.

—Ha sido un placer. —Me pongo el casco y me despido—. ¡Adiós!

Arranco y me marcho. Yo no puedo hacer nada más ahí y me quedan unos minutos para volver a casa. Me quedo con ganas de saber más sobre ella, es una chica bastante callada, tímida, y tampoco quiero asustarla. Demasiado ha aguantado esta noche como para responder una retahíla de preguntas de una desconocida.

### *Alba*

Amelia se despide y se marcha tras las presentaciones con mi madre. Yo me quedo mirando su recorrido hasta que la pierdo de vista.

—Parece una buena chica —apunta mi madre.

—Sí...

—¿Es amiga tuya?

—No, no. —Entramos en casa mientras hablamos—. Trabaja en el club donde he estado. Andrea y las demás me han dejado tirada y ella se ha ofrecido.

—Chicas como Amelia necesitas en tu vida, cariño.

—Lo sé, mamá, pero no es fácil.

—Poco a poco, hija. Puedes hacerte amiga de Amelia, sabes dónde trabaja, quizás coincidáis en otra ocasión.

—Eso nunca se sabe —contesto cansada—. Estoy agotada mamá, me voy a dormir.

—Descansa, cariño.

—Tú también.

Cierro la puerta del cuarto y me tiro en la cama. Ha sido una noche larga, apenas he podido divertirme, no de la manera que a mí me gusta. El paseo en moto me ha hecho disfrutar más que toda la noche en aquel local. Aunque lo que más recuerdo en este momento es el olor del pelo de Amelia, ese toque afrutado llamó mi atención y aún lo tengo en mí.

No puedo dejar de pensar en que me he comportado como una estúpida con ella y a cambio me ha traído a casa. Ojalá pueda coincidir con ella y agradecerle de nuevo el gesto.

## Tres

### Alba

Despierto muy temprano al día siguiente. Mi cuerpo está acostumbrado a dormir pocas horas, ya que en los últimos meses tengo la rutina y me levanto para estudiar. Aprovecho para dar un pequeño paseo por el barrio y hacer un poco de deporte. Este hábito lo he ido recuperando a lo largo de las semanas y me ayuda a empezar el día con bastante energía.

Al llegar, mi madre se está tomando su primer café del día.

—¡Buenos días, mamá! —Me acerco a ella y dejo un beso en su frente, ella lo corresponde dejando uno en mi mejilla.

—Buenos días, cariño. ¡Qué madrugadora! Pensé que hoy estarías más tiempo en la cama.

—Y yo también —digo preparando mi café—. Me desperté y no pude dormir más, así que fui a pasear un poco. Ya sabes que soy incapaz de quedarme en la cama.

—En eso te pareces mucho a tu padre. —Sonreímos al recordarlo—. ¿Qué planes tienes hoy?

—Ninguno. Quiero ordenar un poco la habitación y preparar algunas cosas que necesito para el lunes.

Empiezo mis prácticas en el hospital y aún no tengo nada organizado.

—Esta tarde he quedado con tu tía Ana en el centro, ¿por qué no vienes con nosotras? Daremos un paseo y tomaremos algo por allí.

—Me parece bien.

Al terminar el desayuno empiezo a ordenar el cuarto. Aprovecho para hacer algunos cambios de distribución y un poco de limpieza. No exagero si digo que me paso toda la mañana allí metida, pero merece la pena. Mi móvil empieza a sonar pocos segundos después.

—Hola, Andrea. —Lo cierto es que aún sigo mosqueada por el feo de ayer y contesto desganada.

—*Alguien se ha levantado resacosa* —bromea. Ella si suena recién levantada.

—Pues lo cierto es que no. —Suspiro para calmarme—. ¿Qué quieres? Estoy ocupada.

—*Te llamaba para saber si querías salir hoy, pero visto los humos que llevas...*

—No, no quiero salir con vosotras —digo cortándola. Bajo las escaleras y mi madre me mira al escucharme—. Anoche os comportasteis como unas idiotas conmigo, y ahora pretendes ir de amiga. Así que no, búscate a otra que aguante vuestros desplantes —Recuerdo la pequeña conversación con Amelia, estaría feliz al escucharme, estoy segura—, yo no voy a hacerlo nunca más.

—*Pero ¡¿qué te pasa, chica?! Tampoco fue para tanto...*

—Para vosotras nunca es para tanto —respondo calmada—. Andrea, lo dicho, estoy ocupada y no, no voy a salir con vosotras. Pasadlo bien.

Y cuelgo. Cuelgo sin esperar una respuesta. Es la primera vez que hago esto en mi vida y no puedo sentirme mejor. Jamás creí poder enfrentarme a ella así, de este modo. Miro a mi madre, está feliz por lo que ha visto, tanto que su sonrisa se marca con fuerza.

—Has hecho bien.

—Lo sé, he hecho lo que es bueno para mí. Pero ahora estoy sola.

—Nunca estarás sola, cariño. —Se acerca y me abraza—. Además, como solía decir tu

abuela...

—... Mejor sola que mal acompañada —decimos a la vez.

—No estás sola, Alba, nunca lo estarás. La vida pondrá en tu camino a personas que de verdad te aprecien. Ellas nunca fueron esas personas.

—Lo sé...

—¿Tienes hambre? —Asiento—. Vamos, no quiero que se enfríe la comida.

No dejo de darle vueltas una y otra vez a la llamada con Andrea. Sé que tarde o temprano me las encontraré y me echará en cara «todo aquello que habían hecho por mí». Eso según ellas, porque, si me preguntas a mí, jamás hicieron algo por mí, y si lo pensaron o lo hicieron no era nada bueno.

Llega la hora de la salida con mi madre y mi tía. No me apetece demasiado, pero necesito salir de casa y despejar la mente. Esas horas de charlas y cotilleo me vendrán bien.

Mi madre se lleva el coche y aparca cerca del bar donde han quedado. Es la misma calle en la que se encuentra el local donde estuve anoche. ¿Estará Amelia trabajando?

—Mamá, coge sitio. Necesito mirar algo.

—Vale, hija, no te demores.

Tardo apenas un par de minutos en llegar, pasa bastante gente y es difícil avanzar, mucho más a esta hora. La puerta está abierta y no hay nadie guardándola, así que me permito entrar.

—Perdona —un chico llama mi atención—, aún no estamos abiertos.

—Sí, lo sé. Yo... venía buscando a una trabajadora. —Me mira intrigado—. Amelia.

—¡Ah! Pues Amelia no trabaja hoy, lo siento.

—Vaya, no pasa nada.

—¿Quieres que le deje un recado?

—Solo quería agradecerle su gesto de anoche. Ella me entenderá. —El chico asintió—. Soy Alba, por cierto.

—Mario, encantado. —Nos saludamos con la mano.

—Bueno, te dejo trabajar. Gracias.

—A ti. Hasta luego.

—¡Adiós! —Salgo del local, triste.

«Creí que la encontraría... No pudo ser», pienso.

Vuelvo al bar junto a mi madre y mi tía, que también ha llegado. La saludo nada más entrar.

—¿Has encontrado lo que buscabas? —pregunta mi madre mientras me siento.

—No, pero no pasa nada. Bueno, contadme, ¿qué me he perdido?

Quién me mandaría a mí preguntar. No dejan de hablar y reír durante las dos horas que estamos allí sentadas. Mi tía tiene anécdotas y cotilleos de su trabajo y, cómo no, nos pone al día cada vez que nos vemos.

—¡Vaya oficina! —exclamo—. Seguro que no pasáis un mal rato nunca.

—Ni lo dudes. Está claro que no todos los días son risas, pero el ambiente es tan bueno que al final siempre terminamos con los ánimos muy arriba, y se agradece al final de la jornada. Por cierto, esta semana empezabas en el hospital, ¿no?

—Sí, el lunes. Tengo muchísimas ganas, la verdad.

—¿Conseguiste la bata al final? —Miro a mi madre y sonrío.

—Quería comprarme una, pero encontré la de papá. Mamá y yo le hemos hecho unos arreglos y me quedará con ella. Además, estaré más tiempo con la cofia, estoy segura. Pero es algo que no quería perder de él.

—Estaría tan orgulloso de ti... —habla mi tía, melancólica, cogiendo una de mis manos y acariciándola con suavidad. Se hace el silencio por unos minutos. Cada vez que su recuerdo nos inunda no podemos evitar pensar en los buenos momentos que nos hacía pasar siempre.

—¿Qué os parece si damos un paseo? —pregunto cortando aquel silencio.

—Sí, vamos —responden ambas a la vez. Mi tía se empeña en pagar y, tras hacerlo, emprendemos el camino. Iremos a la zona del casco antiguo, dos calles más allá, y seguramente habrá menos gente.

Tras unos minutos, siento cómo alguien sujeta mi muñeca derecha haciéndome parar. Me giro contrariada y me encuentro con una cara conocida.

—Amelia...

—Hola —saluda sonriente—. Un pajarito me ha dicho que me buscabas.

Mi madre y mi tía se paran al escucharnos hablar.

—Seguid con el paseo, ahora os alcanzo.

—¿Segura? —pregunta mi madre. Asiento y se despiden.

—¿Necesitabas algo? —pregunta Amelia

—No, yo... Pasé por aquí y solo quería darte las gracias de nuevo por el gesto de anoche.

—¿Te puedo acompañar? Así charlamos un poco.

—Sí, claro —contesto, algo nerviosa.

Seguimos el camino que seguían mi madre y mi tía. Iban pocos metros más adelante.

—Tu compañero me dijo que no trabajabas hoy.

—Así es, tenía que hablar con mi jefa y al coincidir con él me lo ha dicho. No te importa que te haya buscado, ¿verdad?

—No, tranquila. Me sentía culpable pensando que habías venido aquí únicamente por mí.

—No, ha sido casualidad. Pero lo habría hecho —Llama mi atención—, hubiese venido solo por ti. —No puedo evitar sonrojarme.

—No hacía falta... —Ambas sonreímos.

—¿Puedo preguntar por tus amigas? Para serte sincera, tengo curiosidad. —Ríe.

—La verdad es que no quiero ni cruzarme con ellas. —Esto la sorprende—. Esta mañana una de ellas me llamó para volver a quedar hoy. Solo me llaman cuando necesitan a gente para rellenar —aclaro—. Me acordé de nuestra conversación anoche y le he dejado las cosas claras. No volveré a salir con ellas.

—No puedo negar que me enorgullece escucharte decir eso.

—Ya, el problema es...

—Es que no se van a quedar conformes, ¿no es así? —La miro y asiento—. Por mi experiencia, estarán deseando cruzarse contigo para echarte cualquier cosa en cara y quedar así por encima de ti. —La miro sorprendida—. No olvides que he pasado por eso.

—¿Cómo? ¿Cómo se soporta algo así?

—Mantén siempre una postura segura, no te derrumbes. Ellas intentarán hacerte daño, y no deben conseguirlo, al menos que no se note. Responde siempre en un tono neutral, parecerás superior a ellas en ese momento y les fastidiará. Y no las interrumpas, deja que se desahoguen y luego hablas. Ese silencio las dejará en el suelo, la indiferencia será el remate. —Río al escucharla.

—No te puedo creer...

—Son cosas que se aprenden sin querer, pero sirven para el resto de tu vida.

—Seguiré tu consejo.

Estamos unos minutos en silencio. Intento reorganizar en mi cabeza todo lo que me ha dicho.

—Me gustaría... —habla Amelia en un susurro—... poder seguir hablando y conociéndonos. Eres una chica muy agradable y creo que podemos ser buenas amigas. Si tú también quieres.

—Me encantaría, Amelia —digo sonriente.

—Es agradable tener a alguien de confianza para variar. —La miro agradecida—. Apenas tengo conocidos aquí. He hablado mucho más contigo que con algunos compañeros de trabajo, que ya es decir.

—Si te sirve de consuelo, yo confío más en ti que en todo ese grupo al que llamo amigas.

—Eso es mucho decir.

—Lo es, pero es la verdad.

Nos paramos al ver que mi madre y mi tía vienen de vuelta.

—Volvemos a casa, cariño —dice mi madre—, tu tía tiene un compromiso más tarde y no puede faltar.

—Vale, sin problema.

—¿Cómo va todo, Amelia? Es un gusto verte de nuevo —le pregunta mi madre.

—Muy bien, Catalina, gracias por preocuparse. Apenas llevo unos meses en la ciudad, pero me ha acogido muy bien y estoy más que contenta.

—¡Pensaba que erais amigas! —salta entonces mi tía.

—Bueno, lo empezamos a ser —contesta Amelia con una sonrisa—. Conocí a Alba de casualidad, digamos que he tenido suerte.

No puedo evitar sonrojarme al escucharla. Hago las presentaciones con mi tía y seguimos nuestro camino. Amelia termina hablando con ambas hasta que llegamos a nuestros respectivos coches.

—¿Quieres que te llevemos a casa, hija? —le pregunta mi madre.

—No es necesario, gracias por ofrecerse. Tengo la moto aparcada ahí detrás.

—Ten cuidado. ¡Qué poco me gustan a mí estos cacharros! —dice mientras se monta en el coche. Nosotras nos reímos.

—No le hagas ni caso, la moto es preciosa —digo—. Ha sido un gusto poder verte y hablar un poco más.

—Lo mismo digo. ¿Me darías tu número? Podemos quedar estos días, cuando tengamos un rato libre.

—Claro. Déjame tu móvil y lo apunto. —Lo hace al instante—. Ahí tienes.

—Te mandaré un mensaje luego para que puedas guardar el mío. —Asiento con una sonrisa—. ¿Te veo pronto?

—Claro. ¡Adiós, Amelia!

—Adiós, Alba.

Ambas hemos tenido suerte al encontrarnos. Y, por fortuna, nos tendremos por mucho tiempo. Algo me dice que será así.

## Cuatro

### *Amelia*

Mi jefa me llama bien temprano para reunirme con ella. Aún no me había pagado el mes y quiere aprovechar para darme también la parte que me corresponde de las propinas de esta semana. Voy al local por la tarde. Al llegar, Mario está colocando todo en la barra. Yo libro hoy y él me cubre el puesto.

—¡Hola, Mario!

—¡Amelia! No trabajas hoy, ¿qué haces aquí?

—Vengo a hablar con Sandra, ¿dónde está?

—En la parte de atrás, revisando unos pedidos.

—Vale, gracias. —Voy a buscarla cuando me para.

—Una chica, Alba, ha estado aquí preguntando por ti.

—¿Alba? —Asiente—. ¿Qué quería?

—Al parecer, darte las gracias por lo de anoche. Me dijo que tú lo entenderías. —Sonrío de lado—. Se ha ido hace un buen rato, quizás esté por aquí cerca, parecía no tener prisa.

—Gracias por el recado, Mario.

Voy en busca de mi jefa. Estamos en su despacho más de una hora. Quiere saber cómo llevo el ritmo de trabajo, si necesito algo o si he tenido algún problema. Todo va tan bien que se queda bastante contenta. De hecho, en los últimos meses está mucho más feliz que de costumbre, su relación con Lola sigue adelante, son muy felices, y yo no puedo más que alegrarme por ellas.

Al salir, Mario no está, así que me voy sin despedirme, no quiero interrumpirle.

Guardo el dinero en mi mochila y, justo al salir, a unos metros a mi izquierda, veo a Alba. Va acompañada de dos mujeres, una de ellas, su madre. No me lo pienso y hablo con ella. Doy un breve paseo con ellas, y al volver incluso se ofrecen a llevarme, pero no hace falta.

Alba es una chica increíble, poco a poco está superando sus miedos y empieza a mirar por sí misma. Después de todo lo que hablamos, me siento orgullosa por ello. Antes de despedirnos le pido su teléfono, así hablaremos más y podremos quedar, algo que deseo mucho.

Madre e hija se despiden y se marchan a casa. Me quedo mirando el coche hasta perderlo de vista. Vuelvo a por mi moto y, al igual que ellas, me marchó a casa.

No tengo ningún plan, así que me pongo cómoda, preparo una bebida refrescante y me siento en la ventana a leer. En los últimos tiempos me ha dado por leer libros de psicología, sobre el comportamiento, la amistad... Vi uno de ellos en la estantería de mi jefa una de las primeras veces que estuve en su despacho y me lo dejó. Me llaman mucho la atención y siempre tengo alguno entre manos. Tras terminar un par de capítulos, y antes de hacer la cena, le envío un mensaje a Alba:

Hola, Alba, soy Amelia.  
Estaba pensando que quizás  
mañana podemos hacer algo,  
tengo turno de mañana. Al

salir de trabajar puedo pasarme a  
por ti.

Tardó un par de minutos en contestarme.

¡Hola, Amelia! Claro,  
me parece perfecto. ¿Tienes  
algún plan en mente?

No conozco muy bien la  
ciudad aún.  
Trabajo mucho y apenas  
hice turismo.  
Puedes proponer tú.

¿Has estado en La Rambla?

No, no he tenido  
oportunidad.

Entonces iremos allí, te  
enseñaré la zona y tomaremos  
algo.

Suena estupendo :)  
¿Sabes?, tengo un pequeño  
regalo para ti.

Al volver a casa esa tarde, pensando en que no sería la primera ni la última vez que montase en mi moto —fue más un deseo que un pensamiento— decido comprar un casco para ella. De este modo ambas iríamos seguras y no tendríamos problema.

¿Un regalo para mí?  
¿Por qué?

Me apetecía. Además,  
nos vendrá bien.

¿Qué es?

Mañana, al recogerte,  
lo verás...

De acuerdo. No debías  
comprarme nada...

Tranquila, no es nada  
en realidad.

Okey...

No puedo evitar llamarla cuando recibo esa contestación. La conozco poco, pero lo suficiente para saber que ya está pensando en cómo devolvérmelo.

—Ni se te ocurra pensar en hacerme un regalo —digo cuando descuelga. Se oye su risa al otro lado.

—*¿Es que acaso me lees el pensamiento?* —Río.

—Algo así. No, ahora en serio. no hace falta, y en realidad es poca cosa.

—*Bueno, si tú lo dices...* —contesta más alegre—. *¿Qué haces?*

—Algo de cena, ¿y tú?

—*Estoy tumbada en el borde de la piscina de casa.*

—¿Estás bien?

—*Sí, solo pensaba. Siento que estoy tomando muchas decisiones últimamente y necesitaba parar. Mirar el cielo y las estrellas me calma.*

—Lo importante es que esas decisiones sean para tu bien, Alba. Solo tú sabes qué necesitas para ser feliz, y solo tú puedes proporcionártelo, no debes depender de nadie para serlo.

—*Lo sé, ahora entiendo que es así. Las charlas contigo me están ayudando mucho, espero que podamos seguir con ellas.* —Sonrío.

—Cuando tú quieras.

—*¡Alba, cariño, ven a cenar!* —oigo al otro lado—. *¡Voy, mamá! Tengo que irme, nos vemos mañana.*

—De acuerdo, que pases buena noche.

—*Igualmente, Amelia. Adiós.*

—Chao.

Cada día me gusta más oír mi nombre de su propia voz.

### **Alba**

Me quedo mirando la pantalla del móvil durante unos segundos. Me siento muy feliz de tener a Amelia en mi vida.

—*¡Alba, cariño!* —Mi madre me saca de mi ensueño.

—¿Sí?

—Entra a cenar, se enfriará la empanada.

—Sí, voy. Perdona.

—¿Estás bien? ¿Con quién hablabas? No habrá alguien ahí, ¿verdad? —Se asoma por la ventana mientras bromea para hacerme reír.

—No, no hay nadie, tranquila. Ya sabes que me gusta mirar las estrellas en noches así. —Sirve un poco de empanada en cada plato y se sienta—. Hablaba con Amelia, mañana por la tarde iremos a *La Rambla*, lleva poco tiempo aquí y no ha podido visitarla aún.

—Me parece bien, cariño. ¿Sabes de dónde es? No parece de por aquí.

—No lo sé, pero no es de aquí, tienes razón. No conoce mucho la zona todavía.

—Es una buena muchacha. —Asiento saboreando la cena—. Me alegro mucho de que seáis amigas.

—Yo también, mamá. ¿Sabes? —Llamo su atención—, es tan diferente...

—¿En qué sentido?

—No lo sé. Jamás he tenido una relación de amistad así. Siento que, de alguna manera, nos comprendemos, nos cuidamos... Ella pasó una situación similar a la mía con Andrea y las chicas, y me entiende. Me está ayudando mucho.

Mi madre me mira con una sonrisa. Nunca habla mal de nadie por mucho que quiera, y no lo haría tampoco de dicha situación. Jamás le gustó mi amistad, las tenía muy caladas a todas, pero me apoyó siempre que lo necesité. Mi madre lo es todo para mí, y siempre lo será.

Al terminar la cena me voy a dormir, estoy bastante cansada. Como de costumbre, me despierto temprano, tomo un café rápido y salgo para hacer un poco de deporte. Ando unos 8 kilómetros, más de los que había pensado. Llevo música en mis cascos y el tiempo se va volando.

Mamá ha salido cuando llego, tenía que hacer unas compras, así que aprovecho para desayunar y darme una ducha. Miro las notificaciones de mi móvil, tengo un par de mensajes de Amelia:

¡Buenos días, Alba! Espero que tengas  
una buena mañana. Sobre las seis te recojo.  
Un beso <3

«Qué mona», pienso. Le respondo al instante:

Buenos días, Amelia. Yo también  
espero que pases una buena mañana.  
Estaré lista.  
Otro beso para ti <3

A las seis en punto está en la puerta. Al abrir, no puedo evitar mirarla de arriba a abajo, está preciosa. Va vestida con unos pantalones vaqueros negros ajustados, una camisa blanca y una chupa negra.

—¡Hola, Amelia! —saludo.

—Hola, Alba. —Da un paso adelante y tiende el casco que lleva en la mano izquierda—. Ten, tu regalo. —Lo miro sorprendida.

—¿Me has comprado un casco? —Es igual que el suyo, la diferencia es que uno es de color negro y otro rojo.

—Sí, no quiero que te montes y vayas desprotegida. —Este gesto me parece tan tierno...

—Vaya, muchísimas gracias. —Me acerco y dejo un beso en su mejilla—. Pasa un momento, por favor, me he dejado la mochila arriba.

Tardo menos de un minuto, tiempo que mi madre aprovecha para salir de la cocina y saludarla.

—Tranquila —dice Amelia—, no le pasará nada. Llevo muchos años montando en esa moto y nunca he tenido un accidente.

—Además —añado bajando la escalera—, me ha regalado un casco.

Mi madre la mira tan sorprendida como yo.

—Sí, la misma expresión se me ha quedado a mí. —Amelia y yo reímos.

—Tened cuidado, ya sabes el miedo que tengo, Alba, cariño...

—Lo sé, mamá, no te preocupes. —Le doy un beso y nos despedimos—. ¡Adiós!

—¡Adiós, Catalina! Un placer verla de nuevo.

Me pongo el casco, dejo que ella monte primero y yo lo hago después. No tengo que darle ninguna indicación para llegar al lugar, al parecer ha mirado qué recorrido hacer. Disfruto mucho de las vistas que me da la ciudad durante estos paseos.

—¿Sabes?, nunca había montado en moto. Cada día me gusta más —digo sonriente mientras me bajo.

—Me alegro de que sea así. Aunque tu madre no piensa igual.

—Bueno, tiene sus motivos. —Sonrío triste—. Mi padre murió en un accidente de coche hace unos años. Cada vez que me monto sola en un coche, se preocupa, así que imagínate cuando voy en la moto.

—Vaya, lo siento muchísimo.

—No pasa nada, creo que se ha quedado más tranquila con tu regalo —digo señalando el casco—. Gracias de nuevo.

—No es nada, guapa. —Sonrío—. ¿Vamos? —Asiento.

Saca el candado para asegurar la moto y cuando está listo empezamos a caminar por la zona.

—¿Siempre hay tanta gente por aquí? —No puedo evitar sonreír al escucharla.

—Sí, es una zona muy concurrida. ¿Te agobia tanta gente?

—Un poco, no estoy acostumbrada. Pero me encanta.

—¿De dónde eres?

—De un pueblecito al norte de Santander, está pegadito a la playa, pero es muy tranquilo.

—¿Por qué te viniste a Barcelona?

—Pasábamos un mal momento en casa por la muerte de mi abuelo, yo también estaba un poco cansada por la situación con mi «grupo de amigas» —dice entrecomillando—. Necesitaba un cambio de aires, así que me vine a Barcelona. Siempre había querido conocerla y no me lo pensé.

—Creo que hiciste bien, yo te veo muy bien.

—Sí, lo estoy, llevo algo menos de un año y empiezo a ser yo. No he podido elegir mejor.

Sonrío al escucharla. Había elegido bien, ambas estamos felices por ello.

## Cinco

### Alba

Tras un largo paseo recorriendo *La Rambla*, decidimos parar y tomar algo en uno de los bares que tenemos cerca. Hemos conversado mucho y llegamos al tema de antiguas parejas.

—Por lo que me has contado, llevas mucho tiempo soltera —resumo antes de darle un sorbo a mi copa.

—Sí.

—¿Te gusta estarlo?

—Bueno, sí y no. Supongo que depende mucho del momento vital por el que estés pasando. Ahora estoy bien, pero soy ese tipo de personas a las que le gusta estar en compañía de otra siempre, y está claro que me gustaría encontrar a esa persona.

—Ya somos dos —susurro.

—Tú también estás soltera, he de suponer.

—Sí.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste con alguien? —Suspiro y sonrío de medio lado.

—Nunca he tenido una relación formal con alguien. —Abre sus ojos sorprendida—. No es que no haya tenido oportunidad, pero yo quiero a una persona a mi lado que se comprometa conmigo. No me gustan los líos de una noche, si estoy con una mujer o con un hombre es porque de verdad quiere estar a mi lado.

—Ahí coincidimos, aunque yo prefiero mujeres solamente. —Ambas reímos.

—Nunca digas nunca —apunto y ella asiente—. La vida puede dar muchas vueltas.

—Me fío de mi intuición. —Ambas sonreímos—. Así que no has tenido pareja nunca...

—No.

—Es extraño.

—¿Por qué?

—Eres una chica muy guapa, inteligente —Empiezo a sonrojarme—, buena persona, muy familiar. Nadie en su sano juicio te dejaría escapar.

—Exageras, Amelia —digo sin poder mirarla.

—Yo te veo así —Llama mi atención—, y estoy segura de que los demás también.

No sé si habla en serio o está de broma. Habla tan directa y seria que empiezo a creer que todo tiene un doble sentido.

—Eres una zalamera —digo haciéndola reír. Por un casual miro mi reloj. Empieza a ser tarde y yo tengo que madrugar bastante—. Me lo estoy pasando muy bien, Amelia, pero mañana empiezo en el hospital muy temprano.

—Sí, claro, sin problemas. —Se ofrece a pagar por mucho que insisto—. El tiempo se ha pasado muy rápido.

—Cuando estás bien el tiempo siempre pasa rápido —reflexiono—. Y a mí me gustaría seguir pasándomelo bien. —Me mira y sonrío—. Muchos y muchas no han sabido ver mi verdadero yo. En cambio, tú me conoces como un libro abierto, y en tiempo récord. —Ambas reímos.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunta directa y con media sonrisa.

—¿Me dejarás escapar? —Ella se para y me mira. No puedo evitar agachar mi mirada y enrojecer. Amelia sonríe, me pide con un gesto que le dé la mano. La miro nada más hacerlo.

—Jamás, preciosa.

Estamos a pocos metros de llegar a su moto. Aún vamos andando de la mano, tiro lo suficiente para hacerla parar.

—No quiero correr en esto, Amelia. No eres cualquier chica en mi vida, algo dentro de mí me lo dice. —Señalo mi estómago—. Y no quiero perderte, como amiga ni como nada.

—Tranquila, Alba —Coge mis manos y las atrapa con fuerza—, yo tampoco quiero correr ni perderte en el intento.

Ha sido una tarde realmente increíble a su lado. En pocas horas nos sentimos como si nos conociéramos desde hace mucho tiempo, y nos damos cuenta de esa conexión. Por ese mismo motivo me lanzo y le hago la pregunta. Solo con su respuesta sabré si voy bien encaminada o no. Por suerte acierto, y estoy muy feliz por ello.

### *Amelia*

Saber que Alba y yo estamos sintiendo y caminando en el mismo sentido es un verdadero alivio. Siempre se sonroja cada vez que le digo algún apelativo cariñoso, y su atrevimiento en aquel momento me hace saber que no me he equivocado.

Volvemos a casa al atardecer, ella quiere descansar, ya que al día siguiente empieza sus prácticas en el hospital. Pero quiero retrasar ese momento de despedida, así que elijo un camino más largo. Sé que le encantan estos paseos en moto, así que no lo pienso dos veces. Al girar en esa calle se acerca más a mí.

—¿Sabes que este camino es un poco más largo? —Sonrío, la miro a través del espejo y asiento.

—Lo sé.

Sonríe avergonzada y se abraza a mí, se apoya suavemente en mi hombro y disfrutamos de esos minutos hasta llegar a su casa.

Ella se baja al llegar, yo en esta ocasión no lo hago.

—¿Trabajas mañana? —me pregunta.

—Sí, por la mañana.

—Te llamaré cuando salgas entonces —Sonrío—. Hay algo que hemos dejado a medias —Sigue hablando al mirarla interrogante—. Ya sabes que yo no he tenido pareja, pero tú sí —dice entonces—. ¿Qué pasó la última vez?

—Mi ex era algunos años mayor que yo, bastante insegura y posesiva. No confiaba en mí, y en cuanto fui consciente de todo, terminé la relación. Lo pasé mal, pero es parte de mi pasado. Prefiero no hablar de ello ahora.

—De acuerdo.

Después de todo lo que hemos descubierto no sabemos cómo despedirnos. Tiendo mi mano en su dirección, la coge y tiro de ella hasta que me abraza. Ninguna de las dos podemos evitar suspirar al hacerlo.

—Se siente bien —susurra.

—Bastante bien —sigo.

Terminamos el abrazo al sentir que un coche aparca justo detrás de nosotras. Nos giramos y nos encontramos a Catalina, su madre. Alba no se separa, mira a su madre y simplemente sonríe hasta que llega a nuestra altura.

—¡Hola, chicas! —Besa la mejilla de su hija mientras que pone su mano derecha en mi hombro, gesto que me hace sentir cómoda—. ¿Cómo ha ido vuestra tarde?

—Muy bien —contesto— es un gusto conocer la ciudad de su mano —digo mirando a Alba—. Tienes una hija maravillosa.

—¿Por qué no entráis? Tenía pensado preparar algo de cena.

—No se preocupe, no quiero molestar —apunto.

—No digas eso, chiquilla. Venga, baja de esa moto y entra —dice mientras entra en casa—. Alba, ¡no dejes que se vaya!

No podemos evitar sonreír al escucharla.

—Anda, entra.

—¿Segura?

—Yo quiero seguir disfrutando, ¿recuerdas? —Sonrío al escucharla.

Justo mientras entro en su casa recibo una llamada de mi madre. Olvidé que había quedado con ella para hablar.

—Te llamo más tarde, ¿vale? Aún no he llegado a casa.

—¿Dónde estás? —me pregunta.

—En casa de una amiga, su madre me ha invitado a cenar y no he podido decir que no. Luego te llamo, mamá. Te quiero.

—Y yo a ti, cariño. Adiós.

—Chao.

—¿Todo bien? —pregunta Alba.

—Olvidé que había quedado en hablar con ella —digo apurada—. Lleva un poco mal el tenerme lejos.

—Es normal —contesta acariciando mi mejilla—. Puedes salir al jardín y llamarla si quieres, la cena tardará un poco. —La miro con una sonrisa—. No le hagas esperar.

—¿Cómo puedes ser tan bonita? —pregunto. Dejo un dulce beso en su mejilla y me lleva al jardín.

—Te aviso cuando esté la cena. —Me devuelve el beso y me deja a solas.

En este momento no puedo sentirme más afortunada.

### ***Alba***

Entro en casa de nuevo para dejarle intimidad. Mi madre ha observado todo en los últimos segundos y me mira con una sonrisa.

—¿Qué? —pregunto sintiendo cómo mis mejillas se ponen rojas.

—Nada, nada. Ayúdame con esto. —Me pasa algunos ingredientes y empezamos a cocinar—. Me gustaría preguntar, pero no sé si es lo que quieres.

—Pregunta. Eres mi madre, no voy a ocultarte nada —digo. Ella sabe bien que lo es todo para mí y que jamás me guardaría un secreto o sentimiento.

—Ha habido un acercamiento bastante notorio en las últimas horas —deja caer. Sonrío al escucharla.

—Tienes razón.

—¿Eso significa qué...?

—Eso significa que Amelia y yo nos hemos dado cuenta de que, ¿sentimos? —No sabía cómo definirlo— algo más que una amistad. Pero vamos poco a poco, acabamos de conocernos.

—Lo entiendo —apunta—. Jamás te había visto así con alguien, Alba.

—Jamás me había sentido así con nadie, mamá —digo mientras miro a Amelia a través del cristal—. Y por eso mismo tengo miedo. Sé que es pronto, pero no quiero perderla.

—Yo también tuve ese miedo con tu padre al principio de la relación.

—¿Y cómo lo hiciste?

—Me dejé llevar. Disfruté de cada momento con él, de cada salida que hacíamos, de cada instante a su lado. Al final, el tiempo juntos es lo que realmente os lleváis de la relación. Todos esos momentos los recordaréis en un futuro, te lo aseguro.

—Gracias por tus consejos, mamá.

Pocos minutos después Amelia entra en casa.

—¿Os puedo ayudar en algo?

—No, todo está casi listo —digo sonriente—. Siéntate.

Mi madre, sabiendo lo que hay entre ambas, empieza a hablar con ella para conocerla un poco más. De hecho, aquella cena sirve para conocernos más entre las tres. Terminamos haciendo una ronda de preguntas, siempre con respeto, que funciona en todos los sentidos.

Al terminar acompaño a Amelia. Ya se ha hecho demasiado tarde y ambas estamos cansadas.

—Avísame cuando llegues, ¿sí?

—Claro. Gracias por la cena. —Se acerca y acaricia mis mejillas—. Ha sido maravilloso poder seguir conociéndoos a ambas. —Sonrío.

Hay unos segundos en silencio, no podemos dejar de mirarnos a los ojos. Ella es la que se atreve y da el paso. Se acerca muy despacio a mí, roza suavemente su nariz con la mía. Cierro los ojos instintivamente, gesto que aprovecha para dejar un dulce beso en mis labios, un beso que es correspondido de igual manera.

—Buenas noches, preciosa.

—Buenas noches, reina.

Como de costumbre, me quedo observándola hasta que desaparece al final de la calle. Entro en casa sonriente por lo que ha pasado. Subo a mi habitación tras darle las buenas noches a mi madre, y espero hasta recibir su mensaje.

Tu reina ha llegado a casa,  
felices sueños <3

Felices sueños para ti  
también <3

Hasta el momento, uno de los días más felices de mi vida sin ninguna duda.

## Seis

### *Amelia*

La felicidad que recorre mi cuerpo desde el beso con Alba me tiene muy contenta. Tanto que esa mañana voy a trabajar de muy buen humor. Todo fluye y las horas pasan rápido. Incluso Mario me mira raro.

—¿Qué? —pregunto, cansada de sus miradas y sonrisas.

—Nada, te veo muy contenta hoy.

—Me he levantado de buen humor.

—Ya. ¿Y no será que has conocido a alguien? —Le miro con media sonrisa—. Mira, sé que no somos los mejores amigos del mundo, pero empezamos a conocernos muy bien. Empiezo a notar cuándo estás más feliz por ciertos motivos.

—Oh, vale. —Suspiro—. ¿Tanto se me nota?

—Bastante, Amelia. —Se apoya en la barra y escucha atentamente.

—Es una chica que ha venido aquí. Una de esas noches nos conocimos y, bueno, empezamos a quedar y...

—Es esa chica que vino buscándote, ¿no? —Asiento rápidamente—. ¿Estáis juntas?

—No, no hay nada oficial. Queremos ir poco a poco. Lo cierto es que hemos hablado mucho y tenemos mucho en común, no queremos perder esto que está surgiendo.

—Os estáis enamorando —deja caer mientras entra en la barra para seguir ayudándome.

—Es maravillosa, Mario. He conocido a mucha gente a lo largo de mi vida, pero ella me hace sentir cosas que jamás había sentido. No sé...

—Te gusta de verdad.

—Sí...

—Sigue quedando con ella, esos momentos son los que harán que vuestra relación sea especial.

—En ello estamos. Ahora es un poco complicado. —Me mira intrigado—. Entre mis horarios en el local y los suyos en el hospital no vamos a coincidir mucho, pero bueno.

—Poco a poco, Amelia, estoy seguro de que sacaréis tiempo.

—Yo también lo espero.

### *Alba*

La mañana empieza bastante agitada. Desde el primer momento estoy pegada a la enfermera jefe del hospital. Ella se encargará de enseñarme en un principio y estaré a su lado durante todas las prácticas. Siendo el primer día, me deja hacer algunas curas y suturas, así como tratar a algunos pacientes. Yo soy bastante simpática con ellos y desde el minuto uno les alegra tenerme por allí. Llega la hora de comer y ambas caminamos en dirección a la sala para descansar un poco.

—¿Siempre has querido ser enfermera? —me pregunta Dolores.

—Sí, de alguna manera siempre ha estado en mi mente, aunque mi padre hizo que heredara el gusto por esta profesión.

—¿Fue enfermero?

—No, era médico.

—¿Era?, ¿es que acaso lo dejó?

—No, murió en un accidente de tráfico hace unos años.

—Vaya, lo siento mucho.

—No pasa nada.

—Te apellidas Herrojo, ¿verdad?

—Sí.

—Espera..., ¿tú eres la hija del Doctor Herrojo?, ¿Álvaro Herrojo?

—La misma —digo sonriendo al ver que lo conocía.

—¡Madre mía, hacía tanto que no te veía! Todo el mundo aquí echa de menos a tu padre. Era un gran doctor, y un buen amigo. —Voy a contestarle, pero alguien la llama—. De acuerdo, ahora mismo bajamos.

—¿Todo bien?

—Tendremos que dejar la comida para otro momento. Una chica acaba de llegar con un buen corte en el brazo. —Empieza a correr y yo lo hago tras ella.

Estamos en la sala de curas unos minutos, preparamos todo el material mientras reconocen a la chica. Una de mis compañeras entra.

—Dolores, aquí tienes a la chica. —Me giro y me quedo en blanco por un segundo.

—Amelia —susurro.

—¿La conoces? —pregunta Lola cogiendo su brazo.

—Sí, somos amigas —respondo acercándome—. ¿Qué te ha pasado?

—Estaba colocando unas botellas y unas cajas en estanterías altas. Se me ha resbalado una de ellas y al intentar cogerla me he cortado —dice dolida.

—Bien, Alba, ¿qué debes hacer en este caso? —me pregunta Dolores.

—Echar un vistazo a la herida, por supuesto. En este caso necesitará puntos, le pondremos un relajante para que no tenga demasiado dolor. Debes tener el brazo tapado unos días y vendrás a la cura cada dos.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Al menos unos diez o quince días, todo dependerá de cómo evolucione.

—Perfecto, ¿te encargas tú?

—¿Quiere que me encargue yo? Es mi primer día. Además, debería hacerlo el médico de guardia.

—El médico de guardia está fuera por una urgencia. Él nos ha dado permiso para proceder. Confío en ti, me has demostrado que puedes hacer esto y mucho más. Adelante, voy a por apósitos, se han acabado.

—De acuerdo.

Cojo todo el instrumental que necesito, la siento frente a mí con el brazo estirado y empiezo con el trabajo.

—Voy a ponerte un pequeño relajante para que duela lo menos posible.

—Vale. —Apenas tardo unos segundos.

—¿Duele?

—Un poco, es más escandaloso de lo que pueda parecer. —Sonrío de medio lado—. Sabes lo que haces, ¿no?

—¿Acaso no confías en mí? —insinúo con una sonrisa antes de empezar.

—Más que en mi propia vida. —Siento unas cosquillas en mi estómago al escucharla.

—Deberás guardar reposo hasta que se cure —digo dando los primeros puntos—. Se puede

infectar y no queremos eso.

—Esto no le va a gustar a mi jefa.

—Amelia, ha sido un accidente laboral, le podría haber pasado a cualquiera. Deberá darte la baja hasta que esté curada.

—Ya.

Estamos en silencio hasta terminar de suturar.

—¿Te sientes bien?

—Sí, molesta un poco, supongo que es normal.

—Sí, sentirás que tira un poco estos primeros días, pasará pronto. Por cierto —Me mira—, prohibido hacer deporte, movimientos bruscos y, por supuesto, nada de montar en moto.

—¿Qué?, ¿en serio?

—Sí, los puntos podrían abrirse y no es el plan.

—Aquí tienes los apósitos, Alba. —Dolores llega justo al finalizar—. Vaya, muy bien para ser tu primera vez.

—Gracias, Dolores.

—¿Te ha tratado bien? —le pregunta a Amelia.

—Más que bien, será la mejor enfermera de este hospital.

—Si ha heredado el talento de su padre por la medicina, lo será. —Amelia me mira intrigada. Aún no le he contado mucho de él—. Termina el trabajo, ahí tienes el papeleo para rellenar la baja, yo me voy a comer. Te espero arriba.

—De acuerdo.

—Adiós, chiquilla. ¡Más cuidado la próxima vez!

—¡Lo tendré!

Estoy rellenando el papeleo cuando Amelia se incorpora en la camilla. Aún dura el efecto del relajante.

—Espera unos minutos, pasará rápido y podrás marcharte.

—¿Tu padre era médico? —pregunta directa mirándome. La miro y sonrío triste.

—Sí, de los mejores. Yo amo la medicina gracias a él. Siempre soñé con ser enfermera y en un futuro poder trabajar juntos. Pero no ha podido ser. —Firmo los papeles y se los doy—. Debes estar un par de días en reposo, no mojes la venda y mucho menos la herida. Vuelve el jueves temprano para la cura, veremos cómo está entonces.

—Vale.

—Por cierto, ¿has venido sola al hospital? ¡No habrás venido en la moto!

—No, tranquila. Hoy la dejé en casa. Mi compañero, Mario, me trajo en su coche y volvió al local.

—Mi turno termina en media hora —digo mirando mi reloj—, ¿por qué no me esperas y te llevo a casa? Tengo el coche fuera.

—Me harías un gran favor, me siento muy cansada.

—Es normal, por el calmante y la adrenalina de lo ocurrido. —La ayudo a tumbarse de nuevo—. Quédate aquí descansando, no entrará nadie. Vuelvo en unos minutos, ¿de acuerdo? —digo acariciando su frente.

—Vale...

Me acerco para dejarle un beso en la comisura de los labios, la miro a los ojos y sonreímos. Dejo otro en su frente y me marchó.

## *Amelia*

Me quedo adormilada en la camilla hasta que Alba vuelve. Cuando despierto, está sentada junto a mí con su ropa de calle. Con el suave movimiento que hago, me mira.

—¿Cómo estás?

—Bien. —Muevo el brazo inconscientemente—. ¡Ay!

—Tranquila, te dolerá durante unos días. Tengo aquí unas recetas que me ha dado mi jefa para ti, así evitarás infecciones y podrás dormir mejor. Vamos —Me ayuda a incorporarme—, pasaremos por la farmacia y te llevaré a casa.

—Gracias por esto, Alba, no sabes cuánto te lo agradezco.

—No habrás pensado que te iba a dejar sola, ¿verdad?

—¿Serás mi enfermera personal? —pregunto de broma y con alguna que otra intención.

—Por supuesto —responde mirándome a los ojos.

En algo más de cuarenta minutos llegamos a mi casa con la medicación. Alba habla con su madre al teléfono.

—Sí, está bien, dolorida, como es normal —dice—. Voy a quedarme con ella unas horas, no quiero que haga esfuerzos. Vale, mamá, adiós.

—No es necesario que te quedes —digo apurada. No quiero sentirme un estorbo ni una obligación. Alba me mira con una sonrisa y se sienta a mi lado.

—¿Quieres que me vaya? —Pillada.

—No —admito—. Pero tampoco quiero ser una carga para ti. Acabas de salir del trabajo, debes estar agotada.

—Para cuidar de ti, no. —Me quedo sin palabras—. Debes tomarte las pastillas después de cenar. ¿Has comido algo en las últimas horas?

—Mi última comida fue esta mañana, antes del trabajo.

—Es hora, entonces. —Se levanta y va directamente a la cocina—. ¿Qué te apetece cenar? —Voy tras ella. Sabe que me duele y que no podré cocinar.

—No lo sé, ahora mismo no tengo apetito.

—Es normal, pero debes comer para la medicación. —Mira en mis estanterías y saca los ingredientes para una pizza casera—. ¿Te parece bien? —Asiento con una sonrisa.

Atún, pavo, jamón y queso. De mis favoritas. En poco más de diez minutos la está metiendo en el horno.

—Haces mucho deporte, ¿cierto? —me pregunta.

—Siempre que puedo, aunque me mantengo más por la alimentación.

—Lo suponía —dice guardando los restos, la miro intrigada—. Yo también consumo mucha proteína. —Saca la suplementación que tengo guardada—. Descubrí que mi cuerpo mejoraba mucho, además, me da mucha más energía. La tomo cuando hago entrenamientos de mayor intensidad, que últimamente son pocos, en realidad —explica.

—A mí me pasa igual. Ahora con el trabajo me muevo mucho, pero no es lo mismo. Y ahora —Me miro el brazo y suspiro— me temo que tendré una temporada de descanso.

—Temas bien —dice con una sonrisa.

Acabamos sentadas en el sillón, disfrutando de una buena conversación y la gran cena que me ha preparado. Al terminar me tomo la medicación.

—Bueno, es mejor que me marche.

—¿Tan pronto?

—Necesito una ducha y poder cambiarme de ropa. Además, la medicación te hará efecto en media hora, es mejor que te vayas a dormir.

—¿Hablamos mañana?

—Me pasaré por aquí al salir del trabajo, ¿vale? —Asiento—. Pasea un poco por la mañana, no te quedes en casa, te vendrá bien. Y nada de esfuerzos; cualquier cosa, me la pides y te la traeré por la tarde.

—De acuerdo.

Alba se acerca con su perfecta sonrisa. Rodeo su cintura con mi mano buena y la acerco más a mí, hasta que nuestros labios chocan de nuevo. Un beso de despedida, suave y corto, que me sabe a gloria.

—Buenas noches, reina —dice con una sonrisa.

—Buenas noches, preciosa.

## Siete

### Alba

Tengo que hacer un gran poder de contención y convicción en mí misma para no quedarme con ella. Quiero, ¡claro que quiero! Pero aún no es adecuado, y aunque no pasara nada entre las dos, yo tampoco estoy preparada. Por suerte, ella me comprende, o al menos eso me parece.

Llego a casa pasadas las 11 de la noche, mi madre aún está despierta.

—¡Hola, cariño! —Le doy un abrazo.

—Hola, mamá. —Suspiro por el agotamiento.

—¿Cómo está Amelia?

—Bien, tiene una gran herida y estará en casa mínimo dos semanas. El corte ha sido profundo. Iré a verla todos los días al terminar el trabajo y estaré con ella en mis días de descanso. Apenas puede hacer nada y no quiero que se haga daño o empeore. —Mi madre sonrío de medio lado.

—Haces bien, cariño. De hecho, pensé que te quedarías con ella.

—No..., quería dejarla descansar.

—Bueno, lo importante es que esté bien. —Asiento—. Tú debes estar agotada, date una ducha y vete a dormir. Mañana también tienes turno de mañana, ¿verdad?

—Sí. No tardaré en dormirme. —Bostezo mientras hablo—. Buenas noches, mamá.

—Buenas noches, hija.

Caigo rendida al segundo. Me quedo dormida en pocos minutos, hasta que el despertador vuelve a sonar. Es bastante temprano, pero le escribo un mensaje a Amelia mientras desayuno.

Buenos días, reina.  
Espero que hayas podido  
dormir bien y con pocas  
molestias. ¿Cómo te encuentras?  
Estoy a punto de irme al trabajo.  
Avísame si necesitas algo,  
pasaré por el súper al salir e  
iré a verte.  
¡Descansa, cariño!

Doy un último sorbo al café y me marchó al trabajo. La mañana es de lo más tranquila. Estoy acompañada de Dolores por unas horas y después me deja revisar a varios pacientes sola.

Durante el descanso, coincidimos en la cafetería.

—Se me olvidó preguntarte —llama mi atención—. ¿Cómo está la chica de ayer?

—¿Amelia? —Asiente—. Bien, estaba a punto de enviarle un mensaje ahora —digo sacando mi móvil.

—Teniendo una amiga tan buena y eficiente como tú —Sonrío—, y además siendo enfermera, estará muy bien cuidada.

—Haré todo lo que pueda para ayudarla, de eso puedes estar segura.

Tras una mueca divertida, me deja a solas. Miro mis notificaciones y tengo un mensaje de ella:

Buenos días, preciosa.  
He dormido bastante bien,  
la medicación es muy  
eficiente. Aunque ahora  
sí tengo bastante dolor.  
Salí a pasear y parece  
que cesó un poco.  
No necesito nada, gracias  
por ocuparte. Pretendía hacer  
algo de comer, pero Mario me  
trajo al venir de visita.  
Te veo luego, cariño.

Aprovecho para responderle.

En menos de dos horas  
termino mi turno.  
Gracias por hacerme caso,  
solo quiero lo mejor para ti.  
Luego hablamos <3

Aquí te espero <3

¿Por qué todos esos momentos en los que deseas que el reloj corra se hacen interminables? Esas últimas dos horas son más largas de lo que imaginé. Tengo algo de trabajo, pero eso no hace que los minutos pasen más rápido.

Al terminar, me cambio de inmediato y llamo a mi madre mientras salgo y paso por el súper. Voy directamente a casa de Amelia. Llamo a la puerta un par de veces, yo la espero con una sonrisa; no obstante, desaparece al verla. Esos ojos marrones están rojos, ha estado llorando.

—Amelia... —Entro de inmediato, suelto la bolsa que llevo en la mano y la abrazo—. ¿Qué te ocurre?

—Nada, tranquila.

—¿Te duele mucho?

—Un poco, pero no es eso —me explica—. He estado hablando con mi madre hasta hace un momento. Se ha quedado muy preocupada y me ha costado mucho convencerla para que no venga. Al colgar no he podido aguantar las lágrimas. Odio sentirme así, no poder hacer nada. Me siento una carga para todos.

—No lo eres, Amelia. —Rodeo su cuello con mis manos—. Jamás serás una carga para nadie. Es normal que te sientas así, eres muy inquieta. —Ambas sonreímos—. Aprovecha este tiempo y dedícate a ti, a cuidarte, a mimarte... A descansar. Todos lo necesitamos en algún momento.

No dice nada, me abraza y se apoya en mi hombro durante unos segundos.

—Gracias —susurra—. ¿La bolsa es tuya? —No la ha visto hasta este momento.

—Sí, te he traído algo de cena y un helado, que en estos casos son mano de santo. —  
Sonreímos.

—Gracias, no hacía falta.

—Claro que sí. —Me acerco y dejo un rápido beso en su mejilla.

—¿Cómo ha ido tu día?

—Bastante tranquilo. Estuve unas horas con Dolores, visitando a los pacientes más complicados. El resto lo hice sola. No hemos tenido ninguna urgencia hoy. ¿Y tú?, ¿qué has hecho?

—Pues pasear, leer mucho... —Sonríe—. Mario pasó por aquí antes del trabajo y me trajo algo de comida, y dormí un poco esta tarde. Básicamente, nada. —Río.

—Pasará rápido, ya lo verás.

La abrazo y dejo unos besos en su cuello. Cojo su mano y tiro de ella hasta el sofá, me siento y ella lo hace sobre mí. Nos besamos durante algunos minutos, ambas necesitamos ese contacto y no lo pensamos. Al separarnos, sujeto su brazo, las vendas pesan demasiado y le ayudará.

—¿Has podido asearte?

—Sí, he tardado más de lo normal, pero sí. —Sonríe—. Puse una bolsa cubriendo el brazo y poco a poco. Luego lavé la zona de alrededor. —Señala cerca del vendaje—. Y listo. Necesitaré ayuda con el pelo en los próximos días.

—Yo te ayudaré. De hecho, había pensado que quizás puedes venirte a casa el viernes y el sábado. —Me escucha con atención—. Tengo libres esos dos días y hará buen tiempo. Sé que no puedes bañarte al completo, pero pasaremos el día en la piscina. Así también te despejas un poco. Si te parece bien, claro.

—Me vendrá bien salir del piso —apunta sonriente—. Me parece un plan maravilloso —dice antes de besarme—. Tu madre... —La miro expectante—, ¿sabe algo?

—Sí. ¿Te molesta?

—No, para nada. Era para saber cómo comportarme. —Ambas reímos.

—Se lo conté la noche que cenaste con nosotras. Ella es mi madre, mi hermana, mi amiga, mi confidente. Además, se da cuenta de todo con solo mirarme, no podía ocultarlo.

—Yo también le he contado un poco a la mía. No todo, solo que nos estamos conociendo y que vamos poco a poco. Se ha quedado tranquila sabiendo que tú me cuidas y estás pendiente. Ha dejado caer que ya tiene ganas de conocerte. —Sonríe.

—Cuando quiera. Tú ya conoces a mi madre, será un placer conocerla.

—Aprovecharemos tus días de descanso para llamarla.

—Me parece estupendo —digo antes de besarla

Suspiro al terminar el beso, la abrazo y quedo apoyada en su pecho.

—Estás agotada...

—Un poco —susurro sin moverme.

—¿A qué hora entras mañana?

—Tengo turno de tarde, y el jueves también. De cuatro a doce. Y el domingo, después del descanso, me toca turno de doce horas. De siete de la mañana a siete de la tarde.

—¿Por qué no te quedas esta noche conmigo? —me pregunta. La miro al segundo—. No pienses mal, sé que quieres ir despacio, solo quiero pasar tiempo contigo.

—No, no pensaba en eso —digo sonriente—. ¿De verdad quieres que me quede? —Asiente

—. ¿Tú te quedarás conmigo en mis días de descanso?

—Solo si tú te quedas esta noche conmigo. —Insinúa con la mirada.

Mi corazón gana la batalla interna que yo misma había comenzado. Soy incapaz de negarme, deseo quedarme.

—No puedo decirle que no a esos ojos. —Sonrío y la beso.

—Cada día eres más importante para mí, Alba —dice abrazándome.

—Y tú para mí, Amelia. No sabes cuánto.

Tras una corta sesión de besos y mimos, decidimos preparar la cena. Le envió un mensaje a mi madre para que no me espere despierta. Ya había hablado con ella antes y algo se esperaba. Amelia me busca un pijama para poder estar más cómoda.

—¿Te importa si me doy una ducha? No he pasado por casa.

—No, claro que no. Yo termino la cena mientras tanto. Es la puerta del fondo a la derecha. En el cajón de arriba tienes todo lo que puedas necesitar.

—Gracias, guapa. —La beso y me ducho al momento.

Al salir, puedo observar cómo Amelia hace malabares para preparar la mesa con una sola mano. Es una escena bastante divertida.

—De aquí al circo del sol —apunto riendo.

—No hagas bromas, Alba —dice sonrojada—, esto es una condena.

La beso y le ayudo al segundo. Es increíble. Cenamos y vemos una película hasta bien entrada la noche. Ella toma su medicación justo antes de irnos a dormir. Se tumba en la cama y me invita a hacerlo a su lado.

—Gracias por quedarte —susurra—. Y no me refiero solo a esta noche. —Sonrío.

—Gracias a ti, por aparecer —respondo antes de rodear su cuello con mis manos y besarla.

—¿Vendrás mañana al hospital conmigo?

—Por supuesto.

—Gracias.

—No hace falta que me des las gracias por todo, boba.

—No dejaré de hacerlo, preciosa —dice acomodándose en mis brazos.

—Está bien —dejo un beso en su cabeza.

—Buenas noches, Alba.

—Buenas noches, Amelia.

Al estar abrazada a mí, puedo soportar el peso de su brazo para aliviarla un poco más. Dormimos abrazadas durante toda la noche. Me encanta, no puedo negarlo.

## Ocho

### *Amelia*

Dormir abrazada a Alba fue realmente maravilloso. Estuve un poco incómoda por culpa del brazo, por suerte, ella estuvo pendiente y me ayudó a acomodarme las dos veces que me desperté por ello.

Por la mañana, al abrir los ojos, no está a mi lado.

—¿Alba? —Sus pasos suenan rápidamente.

—Dime, ¿te encuentras bien? —Se sienta junto a mí.

—Sí, me he preocupado al no verte. —Sonríe.

—Solo preparaba el desayuno. Las curas son en una hora y no quiero que lleguemos tarde. Antes de traerte de vuelta pasaremos por mi casa, si no te importa, así me cambio de ropa para el trabajo.

—Claro, sin problemas.

Pretende levantarse, pero no la dejo. Mi mano busca su cuello y tira de ella. Quiero un beso de buenos días y no paro hasta conseguirlo.

—Buenos días —susurro al separarme. Ambas sonreímos.

—Buenos días... Venga, vamos arriba. —Me ayuda a incorporarme.

—¿Cómo puedes tener tanta energía por las mañanas? —Ríe al escucharme.

—Pues no lo sé. —Se encoge de hombros—. Mi madre dice que lo he heredado de mi padre.

—Por lo que sé, te pareces mucho a él.

—Sí, en el 90% de las cosas. —Sonríe. No quiero ahondar demasiado. La ausencia de su padre aún le duele y no quiero removerle los recuerdos.

Nada más terminar el desayuno, nos cambiamos de ropa, recogemos la habitación y nos marchamos al hospital. Soy atendida de las primeras, de hecho, es la jefa de Alba quien me atiende.

—¡Esto está bastante bien, chiquilla! —Miro la herida, es bastante grande, pero puede verse una mejoría.

—Me quedará una gran cicatriz —comento.

—Sí, aunque viendo lo clara que eres de piel, casi ni se notará. Alba hizo un buen trabajo. —La mira y sonrío—. Me sorprende verte aquí, más teniendo turno en unas horas.

—Quería acompañarla y ver cómo evoluciona.

—¿Sabes? En eso te pareces mucho a tu padre —dice entonces la mujer mientras me cura—. Recuerdo el día que naciste, tu madre estuvo ingresada un par de días por un pequeño sangrado durante el parto. Tu padre no se movió del hospital. Cuando ella dormía, te cogía y te llevaba a la consulta. Atendió varias urgencias contigo en brazos. —Sonreímos por la anécdota.

—Sí, él me lo contó cuando le dije que estudiaría enfermería. Desde pequeña me he paseado por el hospital como si fuera mi casa, y mi madre me traía a verlo cuando tenía guardias bastante largas. —Reímos—. Creo que gracias a eso soy quien soy ahora mismo, y siempre le estaré agradecida por todo lo que me enseñó. Espero ser tan buena enfermera como él lo fue de médico.

—Ya lo eres, te lo aseguro. La pasión y el trabajo están ahí —dice la mujer. A partir de ese momento, y hasta finalizar, no volvemos a hablar.

Nada más terminar la cura, salimos del hospital y nos vamos directamente a su casa. El camino pasa en riguroso silencio, tanto que al aparcar le pregunto:

—¿Estás bien, Alba?

—Sí. Hablar de mi padre aún me remueve mucho, me trae muchísimos recuerdos.

—Lo echas de menos...

—Cada día. —Pongo mi mano sobre la suya y la aprieto con fuerza.

—Él estaría muy orgulloso de ti.

No dice nada. Me mira, sonrío y se abraza. Sé que llora, aunque lo hace en silencio. No se separa hasta calmarse del todo.

Al entrar en su casa, su madre nos recibe con alegría. Me pide que me siente con ella mientras Alba se cambia.

—Puedo dejarte a solas con ella, ¿verdad? —Me aguanto la risa cuando dice aquello.

—¡Claro, hija!, ¿es que desconfías de mí?

—Desconfío de lo que puedas decirle —bromea subiendo las escaleras.

—¡Esta hija mía! —Sonrío—. ¿Cómo estás, Amelia? Ya me contó Alba lo sucedido.

—Estoy estupendamente, un poco dolorida, como es normal. De hecho, venimos de curarme y va para adelante. Aunque lo único que no llevo bien es el descanso, soy demasiado activa.

—¿Cuánto tiempo estarás en reposo?

—Al menos quince días, luego volveré con calma a la normalidad.

—Aprovecha para cuidarte y descansar.

—Sí, es lo que hago, o al menos lo intento. —Sonreímos.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice mirando a la escalera de reojo, por si viene Alba.

—Lo que quiera, Catalina.

—¿Cómo va todo con Alba? No quiero inmiscuirme, solo me preocupo, quiero que todo os vaya bien.

—Puede estar tranquila. La verdad es que todo va muy bien. Hace una semana que nos conocemos y es como si lo hiciera desde hace años. No me había pasado algo así con nadie.

—Ella dice lo mismo.

—Aunque debo admitir que tengo miedo.

—¿De qué?

—Su hija es maravillosa, tiene un futuro brillante como enfermera —En ese momento verbalizo lo que hace días ronda en mi cabeza—, y la verdad, siento que no soy suficiente para ella. Se merece muchísimo más de lo que yo pueda ofrecerle.

—¿Por qué dices eso, Amelia? Eres una chica increíble, trabajadora, atenta... La quieres, lo veo en tus ojos y en tus actos. —Me encojo de hombros—. Es normal que tengas ese miedo, apenas lleváis unos días en la vida de la otra. No es más que un pensamiento intrusivo al que no hay que hacerle caso. Habéis conectado de maravilla, se ve, y ambas merecéis daros una oportunidad.

—¿Y si al final no pasa nada?

—Bueno, al menos lo habréis intentado, ¿no te parece? —Pone sus manos sobre las mías—. Amelia, hemos hablado poco, pero las dos habéis encontrado un gran apoyo en la otra. Os estáis conociendo, esto es solo el principio. Necesitáis más tiempo. Todo va bien —dice dándome ánimos—. Soy su madre y quizás no debería decir esto, pero siempre deseé que tuviera cerca a una persona como tú. Sus amigas, si se las puede llamar de esa forma, nunca fueron de fiar. Las amigas no te tratan así. En cambio, tú la ayudaste y la acompañaste desde el primer minuto.

—Me siento muy identificada con ella, yo pasé por algo parecido.

—Y con todo lo que la estás ayudando y todo lo que estáis viviendo, ¿aún crees que no eres suficiente para ella? —Aquella pregunta me hace reflexionar.

—¿Crees que no eres suficiente para mí? —Las dos miramos en dirección a las escaleras, Alba nos mira seria. Ya estaba vestida con su uniforme del trabajo. Camina hasta llegar a mi lado, se agacha y queda apoyada en mis piernas—. Eres más que suficiente para mí, Amelia. Todo esto... está sucediendo rápido, lo sé, pero eso no significa que sea malo o que no vaya a funcionar. Yo deseo con todas mis fuerzas que funcione. —En ese momento Catalina se levanta y nos deja a solas. No puedo aguantar mis lágrimas por mucho más tiempo.

—Es que no sé si podré darte todo lo que mereces, soy una simple camarera y...

—Eres la camarera más bonita que me ha atendido nunca —me corta—. Merezco que me quieran, que me cuiden, que me valoren, que quieran pasar tiempo conmigo... Tú me has dado todo eso y más desde la primera noche. Cariño, es tu profesión y yo la respeto como cualquier otra. De hecho, te admiro, yo no me manejaría tan bien como lo haces tú. —Sonríe mientras me limpio las lágrimas—. Eres una gran profesional, y harás todo lo que te propongas. Detrás de la barra o donde tú quieras. Y yo voy a estar ahí contigo para apoyarte siempre. Amelia —Me coge el mentón para que la mire—, te respeto muchísimo, seas lo que seas yagas lo que hagas.

—Necesito un abrazo ahora mismo. —Sonríe, se sienta en mis piernas y me abraza. En realidad, necesito decirle lo mucho que la quiero, sin embargo, es demasiado pronto y aquel abrazo se siente como tal—. Lo siento, siento haber hablado de esto, y más que te hayas enterado así. Yo también tengo mis miedos.

—No, no lo sientas. Creo que la comunicación es algo básico entre dos personas. Prométeme que, si vuelves a pensar eso y necesitas hablarlo, lo haremos. Te recordaré las veces que haga falta que eres todo lo que quiero. —Sonríe.

—Te lo prometo.

Sonríe, limpia el resto de mis lágrimas y me besa con dulzura. Un beso que hace que me estremezca. Ambas suspiramos al separarnos.

—He tenido mucha suerte contigo —susurro.

—Y yo contigo.

—¿Vendrás esta noche a casa? —Sonríe y asiente.

Alba ha sido un auténtico regalo. Es una persona tan maravillosa y bonita. Espero poder tenerla en mi vida para siempre, y ojalá la tenga, no solo como amiga, sino también como mi confidente y amante. Ella no lo sabe, pero es el amor de mi vida, lo tuve claro desde la primera noche.

## Nueve

### *Alba*

Mamá nos invita a comer. Es temprano, pero como trabajo de tarde, siempre como algo antes del turno. Amelia no quiere comer aún, cierto es que hemos desayunado hace poco, así que mi madre termina llenándole un táper para que no tenga que cocinar. Media hora antes de entrar, dejo a Amelia en su piso.

—¿Estás segura de que quieres que venga esta noche? Saldré tarde.

—No me importa.

—Tómate la medicación a la hora.

—Si lo hago me quedaré dormida antes de que llegues. —Asiento. Me mira durante unos segundos y busca algo en el cajón que tiene en la entrada. Me tiende unas llaves—. Ten, así podrás entrar.

—¿Me estás dando las llaves de tu casa?

—Sí. Estos días serán de utilidad para que puedas entrar. Es eso o tomarme la medicación más tarde.

—No, no hagas eso, debes tomarla a su hora.

—Coge la llave entonces.

La cojo y la guardo con las mías.

—¿Tienes algún plan esta tarde?

—De momento no. Salir a pasear un poco.

—Vale. —Miro mi reloj—. Tengo que irme, en mi descanso te llamo. —Me acerco y la beso.

—Adiós, preciosa.

—Adiós, reina.

El turno esa tarde es completo. Tenemos varias urgencias. Por suerte, puedo apoyar en alguna. También paso a revisar a varios pacientes, todos están bastante contentos y hablan bien de mí; preparo a un par de pacientes para sus intervenciones y, a partir de las ocho, todo se queda más tranquilo. Llamo a Amelia en mi descanso, ha salido a pasear y termina en el club. Habla con Mario y su jefa, así que la dejo con la charla. Por la noche, únicamente paso a mirar algún que otro monitor antes de que el paciente duerma, y relleno algo de papeleo. El resto del tiempo hasta terminar estoy recordando protocolos. Me encanta repasar todo aquello que he estudiado en mis tiempos libres para evitar fallos. Suelo hablar de esto con Dolores, pero hoy ha tenido turno de mañana y, al estar sola, prefiero repasar mis apuntes.

Pocos minutos después de las doce, salgo. Me monto en el coche y llamo a mi madre mientras conduzco.

—*Hola, mi niña.*

—Hola, mamá —respondo junto a un bostezo—. Uh, perdón.

—¿*Día largo?*

—Sí, bastante. He de admitir que cuando estoy con Dolores los turnos son más llevaderos.

—¿*Te quedarás con Amelia al final?*

—Sí, voy de camino. Por cierto, mañana entro de nuevo de tarde, así que no creo que me pase por casa. El viernes y sábado, como tengo libre, Amelia y yo estaremos en casa, ¿te parece bien?

—Me parece estupendo, hija.

—Mamá...

—¿Sí?

—¿Crees que todo va demasiado rápido?

—Bueno, creo que os vais adaptando a la situación. Amelia ahora mismo necesita ayuda, y tú se la estás dando. Eso no quiere decir que vaya rápido.

—Sí, tienes razón. —Suspiro.

—Ambas estáis muertas de miedo, lo sé. Pero ese miedo es bueno porque significa que os gustáis y que apostáis por la relación, te aseguro que se pasará.

—Ojalá se vaya pronto.

—Ya verás como es así. Bueno, hija, me marchó a descansar, solo aguanté despierta para poder hablar contigo y creo que me quedará dormida si no lo hago ya. —Ambas reímos.

—Ve a descansar, mamá. Te quiero.

—Y yo a ti, pequeña. Buenas noches.

—¡Buenas noches!

Al llegar, las luces están apagadas. Al saber que me quedaría con ella, cogí ropa de casa esta mañana. Me doy una ducha rápida intentando no hacer ruido y, al ir a por un vaso de agua a la cocina, antes de entrar en la habitación, me encuentro con una nota.

*Hola, preciosa. Espero que hayas tenido un buen día.  
Sé que no es mi mejor plato, pero te he dejado algo  
en el microondas para que no te vayas a dormir con  
el estómago vacío. Podría haber salido mejor, pero con  
una mano es ¡tan complicado!  
Despiértame cuando llegues, deseo que lo hagas para  
poder dormirme de nuevo en tus brazos.*

Amelia.

Sonríó de principio a fin. Abro el microondas y me encuentro con un sándwich vegetal. Hay otra nota sobre él:

*¡Ni se te ocurra comerlo frío! Te he dejado la sandwichera fuera.  
¡Bon appetit!*

Río. Es un detallazo, me parece muy divertido el juego de las notas. Me caliento la cena, la como rápidamente y entro en la habitación para poder abrazarla con todas las fuerzas que me quedan. No pretendo despertarla por mucho que lo imploro en la nota, pero nada más abrazarla lo hace.

—Hola... —susurra mientras se gira

—Oh, mierda, no quería despertarte. —Río.

—No pasa nada, en realidad lo prefiero, así sé que has llegado, aunque prácticamente estoy zombie con la medicación. —Sonríó y se abraza directamente a mí sin abrir los ojos. La acojo en mis brazos con gusto. Pienso que igual quiere hablar, pero la medicación vuelve a hacer efecto y

se queda dormida enseguida. Yo la sigo a los pocos minutos, también estoy agotada.

Cuando despierto, ella está a mi lado. Me observa sonriente. Yo me quedo mirándola durante unos segundos, intentando adivinar si es un sueño o realmente estoy despierta.

—Buenos días —susurra acariciando mis mejillas.

—Buenos días. ¿Llevas mucho despierta?

—Unos minutos. Había pensado en hacerte un gran desayuno, pero, como es tarde y comerás antes de irte, te he preparado un café.

Se incorpora. Está en la mesilla, junto al suyo. Me da el mío y nos lo tomamos sentadas en la cama.

—Gracias —respondo tras probarlo.

—No es nada.

—Lo es todo. Y no solo el café, también la cena de anoche. Debo admitir que no tenía pensado cenar nada.

—Por eso lo dejé. —Sonríe. Dejo mi vaso en la mesilla, le quito el suyo y me siento a horcajadas sobre sus piernas. Está apoyada en el respaldo de la cama, una posición bastante cómoda. No esperaba este movimiento, así que su mirada es de sorpresa.

—¿Estás bien? —Traga antes de responder

—S-sí...

—¿Segura? —pregunto muy cerca de sus labios.

Coge aire y, antes de que pueda responder, la beso. El beso es mucho más profundo, sentido y largo que en otras ocasiones. Este, a diferencia de los otros, provoca cierto grado de calor en ambas; gemimos durante el beso, todo empieza a ser demasiado intenso, y pasar tanto tiempo juntas dificulta la espera.

—Vale —dice nada más separarme—. No estoy bien. —Reímos.

—Yo tampoco.

Aún sigo sentada en sus piernas, la rodeo con mis brazos y ella acaricia mi espalda con la única mano que tiene.

—Es... como si te conociera desde hace años —susurra.

—Lo sé, creo que por eso tenemos tanto miedo.

—¿Tú también...?

—¡Estoy muerta de miedo! —admito—. Pero no quiero que nos controle. Debemos seguir, quiero seguir.

—Yo también quiero, Alba.

Sin perder un segundo más, nos abrazamos. Necesitamos sentir nuestros cuerpos como uno solo. Nos quedamos en aquella posición durante varios minutos. Al final, terminamos tumbadas de nuevo, tomándonos el café —ya frío— y revisando nuestros teléfonos. Estoy viendo unas fotos en mi Instagram, al llegar a una no puedo evitar bufar. Andrea ha subido una foto de todas ellas y hay un mensaje: «No necesito a nadie más. Ellas lo son todo. No supiste valorarnos».

—¿Ocurre algo? —Le enseño el móvil y comprende—. Ni caso, amor, está claro que está enfadada y quiere que te sientas culpable.

—Lo sé. Lo peor de todo es que sé que lo que hay entre ellas no es verdadera amistad y que todo se terminará rompiendo. —Me mira intrigada—. Se critican todas entre todas cuando están a solas. Por eso mismo me he ido alejando, si a mí me hablaban mal de la otra, ¿cómo hablarían de mí cuando yo no estaba? Llevan años así, estaba demasiado cansada y no quería aguantar esto.

—Eso no es amistad ni es nada. Todo caerá por su propio peso y comprenderán que tú no has perdido nada, al revés, ellas han perdido a una buena persona. ¿Has vuelto a verlas o hablar con ellas?

—No, y lo prefiero. Estoy muy tranquila ahora mismo. Aunque, como ambas sabemos, me las encontraré tarde o temprano.

—Estaré ahí contigo. —Sonrío y me acerco para besarla.

Su móvil empieza a sonar, es su jefa, lo coge de inmediato. Voy a marcharme para darle privacidad, pero me pide que me quede. Casi al final de la conversación lo pone en manos libres. Le ha preguntado por su estado.

—*Supongo que llevas muchos días encerrada, ¿por qué no te pasas por el local mañana? Es viernes, habrá buen ambiente. Lola me dijo que iba a proponértelo, pero que no sabía si hacerlo por tu estado.*

—Dame un segundo, Sandra. —Tapa el micro—. ¿Te apetece?

—Sí, claro, podemos salir un rato.

—¿Te importa si llevo a una amiga?

—*¿Esa de la que hablaba Mario esta mañana?* —Me sonrojo. Alba sonrío.

—Sí, la misma.

—*Por supuesto, tráela, así la conocemos.*

—Te avisaré cuando estemos llegando.

—*¡Vale, estupendo, cuídate!*

—Adiós.

—¿Le has hablado a tu jefa de mí? —pregunto sonriendo.

—A Mario, en realidad. Sandra se enteró porque él me preguntó al verme esta mañana y, bueno, no he podido negar nada, es demasiado evidente.

—Tenéis buena relación entre todos.

—Sí, Sandra es maravillosa, y Lola, su pareja, también. De hecho, ellas dos se conocieron en la discoteca hace algunos meses. Yo presencié en primera plana ese momento y todos los que han ido viniendo después. Tiene un grupo de amigas bastante divertido y van todas las semanas.

—Estaré encantada de conocerlas entonces —digo sonriendo. Miro el reloj, en menos de dos horas debo estar en el hospital—. ¿Qué te parece si preparamos un *brunch*? No tengo demasiado tiempo.

—Sí, te ayudaré en todo lo que pueda —dice señalando su mano.

Amelia no deja de esforzarse, se maneja bastante mal con la mano izquierda y, aun así, siempre está pendiente de todo. Si no puede coger nada o yo no sé qué paso dar, me lo explica. Empezamos a ser un gran equipo, un equipo del que pretendo formar parte durante mucho tiempo.

## Diez

### *Amelia*

Las horas después de que se marche Alba se me hacen eternas. Como mientras disfruto de una película. Leo uno de mis libros que tengo pendientes, y doy un breve paseo por la manzana. Incluso me tomo mi tiempo en el baño. Me manejo bastante mal con una sola mano, pero tengo horas de sobra y las aprovecho. Consigo lavarme el pelo medianamente bien, secarlo es más fácil.

En su descanso me llama. En ese momento estoy terminando de peinarme y, al verme a través de la pantalla, río.

—Al final no has necesitado ayuda.

—Bueno, la necesitaré, pensé que sería una buena idea para matar el tiempo. Pero esto es un desastre —digo avergonzada.

—¿Has salido?

—He dado un paseo antes del baño.

—Todo mejorará —apunta al notar mi humor.

—Ya... Contigo aquí se hace más fácil. —Sonríe.

—A partir de las doce de esta noche, y hasta el domingo por la mañana, me tendrás toda para ti.

—No sabes lo agradecida que estoy contigo. Haces que me sienta realmente bien a pesar de todo esto. —Levanto el brazo con desgana.

—No me tienes que agradecer nada, Amelia, lo hago con gusto. Cuido de ti como tú lo harías de mí.

Bastan unos simples segundos para reflexionar mis palabras, esas que llevo días pensando en decirle y que no me atrevo por miedo. Sin embargo, ese miedo, de algún modo, ya se ha esfumado. Me siento libre y no me las guardo más.

—Alba...

—¿Sí?

—Te quiero.

Sus ojos se abren como platos. Noto cómo se humedecen poco a poco y cómo esa pequeña sonrisa se instala en sus labios.

—Yo también te quiero, Amelia.

Ambas nos echamos a llorar durante el resto del tiempo. Antes de que se despida y vuelva al trabajo, le aviso de que la esperaré despierta. No quiero volver a dormirme sin ella, la medicación puede esperar un par de horas. Me avisa para que no le deje nada de cenar, ya que tuvo tiempo de hacerlo con algunas compañeras a última hora.

Mientras yo lo hago, llama mi madre. No he hablado con ella en todo el día.

—Hola, mami.

—*Hola, cariño. ¿Cómo estás?, ¿cómo ha ido tu día?*

—Me encuentro mejor. Aún me duele, pero Alba dice que es normal. No obstante, está muy bien. Ayer me curaron, mañana tengo que ir otra vez. Y mi día, largo, muy largo.

—*Sabes que puedes llamarme y hablar.*

—Lo sé, mamá, pero tenéis cosas que hacer y no quiero molestar demasiado.

—*A papá y a mí nos gustaría ir unos días, para visitarte y ayudarte. Desde que te marchaste no has venido a casa y tenemos ganas de verte.*

—Me encantaría, mamá. Es una gran idea.

—*Hemos pensado salir el domingo después de desayunar, y estar la semana que viene contigo. Así conocemos también a Alba.* —Sonríó—. *Si estás de acuerdo.*

—Es perfecto, mamá. Ella tiene ganas de conoceros.

—*Cogeremos entonces habitación en un hotel...*

—¡No, de eso nada! —la corto—. Si venís aquí os quedaréis conmigo. Tengo una habitación de sobra. No quiero que os gastéis dinero en un hotel.

—*¿Estás segura? Ahora que estás empezando con esa chica, quizás...*

—Mamá, que esté con Alba no significa que no podáis estar aquí. No voy a dejar que paguéis una habitación cuando vais a estar todo el día aquí conmigo, es un gasto tonto. A ella tampoco le importará.

—*Está bien, no insisto más.*

Mi padre se incorpora a la conversación segundos después. Ha salido de ducharse. Le comentamos los planes y está encantado.

—¿Podrías traerte la caja de herramientas? Tengo un par de enchufes flojos, y así me ayudas. Había pensado en comprarme una, pero ya sabes que se me da fatal, y ahora con una mano es mucho peor. —Todos reímos.

—*No te preocupes, hija, me la llevaré y arreglaré lo que necesites.*

—Gracias, papá.

Son más de las once cuando cortamos la llamada. La verdad es que la charla con ambos me hace sentir bastante bien. Me quedo leyendo hasta que oigo cómo alguien trastea en la puerta. Miro, espero unos segundos y Alba abre. Miro la hora sorprendida, ¡son más de las doce y cuarto de la noche! Ese libro me ha atrapado.

—¿Aún sigues despierta? —Se acerca y me besa.

—Te dije que te esperaría.

—¿Y la medicación? —Pone sus brazos en jarra.

—Me la tomaré ahora, tranquila. Además, no me duele mucho.

—Eso es una buena señal. —Asiento.

—¿Qué tal la noche?

—Tranquila, una pequeña urgencia, nada grave. ¿Y tú?

—Bien. Estuve hablando con mis padres hasta tarde, y el resto del tiempo leyendo. —Señalo el libro—. Vendrán el domingo.

—¿Tus padres?

—Sí. Desde que me vine a Barcelona no he ido a verlos. Demasiados meses —reflexiono—, y estarán la semana que viene aquí.

—Deben echarte mucho de menos. Es mucho tiempo.

—Sí. Se quedarán aquí, y me gustaría que tú también lo hicieras algunos días, como esta semana, así los conoces.

—No puedo quedarme todos los días, no quiero dejar a mi madre sola. Además, tengo un par de días de turno de noche. Pero me parece una gran idea. Si todo va bien, podemos presentarlos.

—Eso suena muy bien —apunto sonriente—. ¿Qué días tienes libres la semana que viene?

—Espera —consulta su teléfono—. Sábado y domingo. Jueves y viernes, turno de noche.

Podemos ir a mi casa el fin de semana y preparar una buena comida en el jardín, disfrutaremos del sábado en familia. Lo hablaré con mi madre.

—Estupendo. —Se queda mirando su móvil unos minutos. Está agotada—. Ve a ducharte, preciosa. Yo tomaré la medicación y nos iremos a dormir, necesitas descansar. —Busco su mirada y acaricio sus mejillas con calma. Cierra los ojos al sentirme y me abraza.

—Necesito dormir en tus brazos —susurra cansada.

—Hoy lo harás, cariño. —Nos separamos, nos miramos con una sonrisa y nos besamos. En poco más de diez minutos estamos tumbadas en la cama; no tarda nada en el baño y, al salir, únicamente vestida con la camiseta, se tumba sobre mí. Se apoya en mi pecho y se abraza a mi cuerpo—. Descansa, preciosa.

—Tú también, reina. —Sonrío.

Esa noche la medicación tarda un poco más en hacer efecto, no estoy demasiado cansada y todo influye. Además, tengo a Alba sobre mí, nos separa una fina tela, y eso me hace temblar en más de una ocasión. Comparo esta excitación y este sentimiento con lo vivido años atrás y no hay punto de comparación. He tenido relaciones intensas, pero nada igual a esto. La conexión que tengo con Alba, en todos los sentidos, es extremadamente fuerte y profunda, ni siquiera sé cómo explicarla. Alba ha llegado a mi vida de casualidad y, por suerte, va a quedarse en ella, espero que para siempre.

La noche es larga. Vuelvo a despertarme pasadas las tres de la madrugada. Mi cuerpo se ha acostumbrado a la medicación demasiado rápido y no hay manera de pegar ojo. No tengo dolor en el brazo, pero no puedo dormir. Para no molestar a Alba, termino sentada en la cama, mirando hacia la ventana. Está abierta por el calor y la luz de la luna nos alumbra.

—¿Amelia? —Su voz adormilada hace que me gire—. ¿Qué haces ahí sentada?

—No puedo dormir.

—¿Te tomaste la medicación?

—Sí. De hecho, no tengo ningún dolor, pero no puedo dormir.

—¿Te atormenta algo, cariño? —Me abraza por la espalda y se queda sentada conmigo.

—No.

—¿Crees que, quizás, la visita de tus padres y todo lo que ello conlleva te provoque insomnio?

—¿Crees que es eso?

—Quizás. Damos un paso cada día, alguno demasiado grande, por la situación. —Acaricia el brazo por encima de la venda—. A mí también me cuesta dormir algunas noches pensando en lo mismo.

—¿Y cómo lo consigues?

—Recordando los consejos de mi madre. Ella, cada vez que me nota angustiada o pensativa por este tema, me recuerda que esto es el principio. Que necesitamos tiempo, ese miedo pasará. Creo que este miedo es mayor por el simple hecho de estar conviviendo y durmiendo juntas tan pronto, pero no significa que sea un miedo malo.

—Entiendo.

—Ven aquí.

Se separa, se tumba y me acoge en sus brazos. Respiro su aroma con fuerza y lo dejo salir con calma. Sus dedos empiezan a acariciarme suavemente, relajando mi cuerpo en pocos minutos.

—Voy a estar aquí siempre, Amelia. Sea como sea.

—¿De verdad?

—Por supuesto. Lo que nos ha unido es demasiado fuerte. El miedo a que no funcione o no llegue a ser, está ahí, y si no estamos destinadas a ser algo más que amigas, seguiremos siéndolo. No voy a perderte, Amelia, lo tengo muy claro. Pero tampoco quiero que nos rindamos, quiero luchar y ser algo más que tu amiga.

—Yo también quiero lo mismo. —En ese momento, coge mi mentón.

—Pues sigamos adelante, démonos tiempo y luchemos por ello. —Asiento rápidamente antes de abrazarla.

—Te quiero —susurro besando su cuello.

—Y yo a ti, reina. No sabes cuánto.

## Once

### *Alba*

Nos levantamos bastante tarde esa mañana. Lo justo para vestirnos y salir hacia el hospital, ya que tiene curas. Amelia no ha dormido demasiado bien, así que la convenzo para desayunar fuera. Necesita salir y despejarse. Por suerte, hoy también tenemos plan por la noche. Esto será bueno para ambas.

—¡Ni siquiera en tu día libre faltas! —salta Dolores nada más verme. No puedo evitar reír—. Vamos a ver la herida. ¿Cómo estás, Amelia?

—Bien, en realidad, apenas me duele estos días. No obstante, empieza a picar.

—Eso es bueno, la cicatrización va bien y es normal.

—¿Su medicación es un relajante muscular, cierto? —pregunto.

—Sí —confirma Dolores—. ¿Por qué?

—Le quita el dolor, que es lo principal, pero no duerme nada.

—Es normal que, si apenas se mueve durante todo el día, y está descansando tanto, su cuerpo no entre en la fase REM. La medicación debe ser de ayuda, no obstante, su cuerpo la ha asimilado bien, no es la primera ni la última paciente a la que le pasa esto. A veces el factor psicológico influye mucho.

—Entiendo.

—Un accidente así afecta, aunque no lo creamos —comenta Dolores—. En pocos días pasará y volverá a la normalidad. —Termina de curarla y la venda—. Vente el lunes de nuevo, creo que Alba estará aquí para curarte. —Asiento—. Si ha mejorado en estos días, ya podrá llevarla destapada, está prácticamente cerrada, ¡cicatrizas muy rápido!

—Sí, es cierto —comenta Amelia—, de pequeña mis heridas se curaban fácilmente. ¿Cómo tendré que hacerlo cuando la destape?

—Cuando llegue el momento te explicaremos.

—De acuerdo.

—Puedes estar tranquila, no tendrás problemas, más teniendo a tu enfermera personal —bromea Dolores.

Nada más terminar, salimos del hospital y nos paramos en una cafetería que hay cerca. Acabamos sentadas en la terraza, da el sol y la temperatura es tan buena que ni siquiera lo pensamos. Observo a Amelia durante el desayuno, estamos bastante tranquilas y calladas. Siento que necesita pensar y le dejo su tiempo.

—¿Al final nos iremos a tu casa? —me pregunta.

—Sí, era el plan. Pero si no te apetece podemos quedarnos en tu piso.

—No, me apetece mucho. Así comento con Catalina la visita de mis padres.

—Te llevas muy bien con ella —insinúo con una sonrisa.

—Es que tu madre es adorable, se preocupa mucho por mí. ¿Cómo está llevando que estos días estés conmigo?

—Bien. A ver, no está acostumbrada a estar sola, yo tampoco quiero que lo esté tanto tiempo. Pero se alegra mucho por ambas.

—Podemos ir cambiando. Unos días en mi casa, otros en la tuya. Nos adaptamos según tu

trabajo y el mío, cuando vuelva.

—¿No te importa?

—¡Cómo me iba a importar!

—Eres maravillosa —susurro antes de acercarme y besarla.

—¿Nos vamos? Aún no he preparado mi ropa para estos días y me temo que tardaré un poco.

—Yo te ayudaré, reina.

—Gracias, preciosa —dice antes de besarme.

Volvemos a su casa al terminar el desayuno. Recojo mis cosas, guardamos la suya en una pequeña maleta y dejamos todo limpio antes de salir. Llegamos a mi casa algo más tarde de las doce. Yo me encargo de guardar y acomodar todas nuestras cosas, Amelia se queda con mi madre y mi tía Ana, que pasa de visita. Al volver, las oigo hablar durante algunos segundos. Al parecer mi madre le ha hablado a mi tía sobre nuestra situación.

—¡No te preocupes, chiquilla! Cada relación tiene su ritmo. La vuestra va más rápido, ¿y qué? No seréis las primeras ni las últimas. Os queréis, ¿verdad?

—Cada día más.

—Pues eso es lo único importante.

Sonrío al escuchar a mi tía, que sea parte y nos apoye me hace muy feliz. Ella y mi padre, su hermano, eran uña y carne, se parecen muchísimo. Cada vez que la oigo hablar veo pequeños gestos que él tenía y me reconforta, siento que en esos momentos él también está ahí.

—¿Todo bien por aquí? —pregunto entrando en la cocina y rodeando a Amelia con uno de mis brazos.

—Todo muy bien, hija. ¿Ya has acomodado todo?

—Sí.

—Cualquier cosa que necesites, Amelia, pídelo. ¡Que no te de vergüenza! —Sonreímos.

—No te preocupes, Catalina, lo haré.

—¿Tenéis algún plan para el fin de semana que viene? —Les pregunto a ambas.

—No —responde mi madre.

—Yo tampoco, ¿por qué?

—Mis padres vendrán el domingo y pasarán conmigo toda la semana —comenta Amelia—. Nos gustaría hacer un pequeño plan familiar y hacer las presentaciones oportunas.

—Había pensado que podíamos hacer una paella en el jardín, la primavera ya está aquí y se está muy bien fuera —comento.

—Es una buena idea, hija, lo apuntaré y compraré todo lo que haga falta.

—Yo también puedo acompañarlas y aportar con la compra —apunta Amelia—. Me gustaría ayudar un poco.

—No te preocupes, Amelia. Ana y yo nos encargamos, tú debes descansar y estar con tus padres. ¿Hace mucho que no los ves?

—Unos ocho o nueve meses, desde que me vine a Barcelona.

—Entonces aprovecha bien el tiempo con ellos —le dice mi tía—, nosotras nos encargamos del resto.

—Está bien, como queráis.

Amelia y yo salimos al jardín mientras terminan de preparar la comida. Nos acomodamos en una tumbona que hay entre los dos cerezos que tenemos. Desde pequeña me encantaba tumbarme y mirar al cielo hasta quedarme dormida. Amelia se tumba en primer lugar y yo quedo entre sus piernas. Se incorpora un poco cuando recibe un mensaje.

—Es Sandra —susurra—. Quiere que vayamos un poco antes para que te presente. Leo textualmente. —Ríe.

«Quiero que nos conozca a Lola y a mí antes,  
si lo hace con el resto de las chicas  
pensará que todas estamos locas».

—Son un grupo bastante mono, ellas dos son más tranquilas, maduras..., pero las otras chicas son bastante activas en todos los sentidos, son el alma de la fiesta.

—Me las puedo imaginar. —Sonrío.

—Gracias, Sandra. Estaremos en vuestra casa a las diez. Te aviso al llegar. —Le manda un audio.

—¿En su casa?

—No sé si te fijaste, pero justo encima del local hay un apartamento. Viven ahí. Supongo que tomaremos algo con ellas y más tarde bajaremos.

—Es bastante maja tu jefa.

—Tuve suerte con ella. Eché mi currículum en varios establecimientos y, ella, con una simple charla, me cogió. Lo cierto es que tenemos historias personales muy similares, tanto con ella como con Lola, y eso nos ha unido mucho. Me enseñó y me trató como una más desde el primer momento. Apenas llevaba unos días aquí cuando entré en su local a pedir trabajo y estaba bastante nerviosa.

—Más que jefa, es una amiga.

—Básicamente, y se agradece. Todos trabajamos muy bien, el ambiente es maravilloso, no podemos pedir más.

—¿Siempre te has dedicado a la hostelería?

—Sí. Se me daba fatal estudiar, quería ponerme a trabajar y empecé de inmediato. He ido aprendiendo y mejorando mucho, y me encanta, la verdad, me manejo bastante bien. Espero tener la misma agilidad después del accidente.

—La tendrás, Amelia, solo debes volver poco a poco. En pocas semanas todo habrá vuelto a la normalidad.

—¿Sabes?, me gustaría poder aprender otro oficio. —Me mira intrigada.

—Pensé que adorabas tu trabajo.

—Sí, y me encanta. Pero me gustaría buscar y hacer otras cosas. Sé que este trabajo siempre va a estar ahí, ¿me explico?

—Perfectamente. ¿Qué es lo que te gustaría hacer?

—Una de las cosas que siempre me gustó, pero que no lo hice por estudiar, fue el deporte.

—¿No te has planteado hacer cursos o algún grado deportivo? Ahora hay muchas facilidades.

—No hasta ahora. Es que no se me da demasiado bien estudiar, no quiero perder el tiempo.

—Tú no te rindas tan fácilmente —digo incorporándome—. ¿Estás segura de este paso?

—Sí.

—¿Quieres intentarlo?

—Me gustaría.

—Pues adelante. Por intentarlo no pierdes nada, Amelia. Además, ahora hay facilidades, puedes hacerlo presencial u online, y adaptarte con tu trabajo.

—¿Me apoyas en esto?

—¡Pues claro que te apoyo, Amelia! Nunca es demasiado tarde para hacer todo aquello que te guste. Te lo dije hace unos días y te lo vuelvo a decir: haz lo que haz, seas lo que seas, voy a estar aquí. —Sonríe.

—¿Me ayudarás a buscar información? —Levanta su brazo con una mueca triste.

—Por supuesto —digo con una sonrisa antes de cortar distancias y besarla.

—¡Chicas, la comida ya está! —exclama mi madre.

—¡Ya vamos!

Me levanto y ayudo a Amelia. Quedamos muy cerca la una de la otra, nos miramos a los ojos durante varios segundos. Me rodea con sus brazos y tira de mí hasta besarnos.

—No sabes cuánto te deseo —susurra en mi cuello, dejando un pequeño mordisco que me hace temblar. Carraspeo nerviosa al escucharla.

—No me lo digas dos veces —digo atrevida—. Sería capaz de hacerte el amor aquí mismo, y no me gustaría que mi madre y mi tía nos vieran. —Ambas reímos.

—Mañana es el último día que vamos a estar prácticamente solas antes de que vengan mis padres. —La miro por su intención—. He pensado que podemos tener una primera cita más formal, pasar la tarde fuera y...

Deja de hablar nada más mirarme. No hace falta que diga nada más.

—Suenan maravillosamente bien —susurro contra sus labios antes de besarla. Muerdo su labio inferior haciéndola gemir.

—¡Tortolitas! —mi tía Ana nos llama, sonreímos y la miramos sin separarnos—, ¡dejad algo para la noche y venid a comer!

—¡Tía! —Me sonrojo mientras entramos.

Su espontaneidad y su carácter tan echado para adelante la hacen muy atrevida. Demasiado, en ocasiones.

## Doce

### *Amelia*

La comida es bastante divertida y animada. Mi ánimo ha subido muchísimo después de todo lo ocurrido los últimos días. Alba y su familia son un chute de endorfinas en estado puro. Al terminar, Ana y Catalina se quedan en el salón hablando, nosotras volvemos al jardín. La verdad es que se siente bien estar fuera, con el sol y abrazadas en la tumbona.

Estamos varios minutos en silencio. Tengo a Alba apoyada en mi pecho, creo que se ha quedado dormida hasta que siento sus besos. Va dejando un dulce camino desde mi pecho hasta mi cuello, donde se instala durante varios segundos, provocando en mi cuerpo un pequeño espasmo.

—Alba, cariño... —gimo cuando me muerde.

—¿Quieres que pare? —susurra atrevida, haciéndome suspirar.

—No, claro que no.

En ese momento se incorpora y me mira a los ojos, aquella mirada es puro fuego. Un nuevo espasmo me recorre al sentir sus manos entre mis piernas. No puedo evitar mirar hacia atrás, ya que en cualquier momento su madre o su tía pueden aparecer. Alba ríe.

—Vamos —dice con la voz ronca.

Me coge de la mano y tira de mí. Sin decir nada, emprendemos el camino hacia su habitación. Yo no he subido aún, así que me indica el camino. Al pasar por el salón, Ana habla, lo hace en un susurro, pero Alba y yo podemos oírlas mientras subimos.

—¡Vámonos!

—¿Por qué? —Nos paramos arriba, nos aguantamos la risa.

—¿De verdad quieres oír a tu hija?

—¿Oír? —No sabemos cómo la mira Ana, pero sí que es suficiente para convencer a Catalina —. Sí, mejor vamos a dar un paseo.

A los pocos segundos suena la puerta de casa, ambas nos miramos y reímos. Aquella mirada felina vuelve, Alba recorre mi cuerpo con sus manos al mismo tiempo que nos besamos. Cierra la puerta de su habitación y me deja presa contra ella. Me quita la camiseta y yo hago lo mismo con la suya. Nos besamos y nos acariciamos sin cesar.

Yo estoy nerviosa, lo nota. Con todo el brazo vendado seré incapaz de dar algún que otro paso. Me tumba en la cama y se sienta sobre mí.

—¿Estás bien? —pregunta mientras se quita el sujetador y queda totalmente libre. Me incorporo, la beso y busco sus pechos para besarlos y mimarlos con mi lengua y mis labios. Después de unos segundos, nuestras miradas se encuentran de nuevo.

—No sé si podré...

Levanto la mano, evidentemente debo tener cuidado, y no puedo utilizarla.

—Tengo algo que quizás nos pueda ayudar. —Se levanta, momento que aprovecho para quitarme el pantalón. Busca en el fondo de un cajón y saca un arnés—. Si quieres podemos...

—Ayúdame a ponérmelo —digo rápidamente.

Me lo pone, volvemos a besarnos, cada vez más excitadas. Termino de desvestirla y me tumbo sobre ella. Me coloco lo suficientemente cerca para que sienta cada roce sobre su piel.

—Hazlo —susurra al besarla de nuevo.

No me lo pienso, lo coloco y muy poco a poco entro en ella. Miro su cuerpo y escucho sus gemidos con atención para saber cómo le gusta y cuándo debo acelerar. Sus piernas rodean mi cintura acercándose mucho más y haciendo la penetración mucho más profunda. Siento cómo yo misma empiezo a mojarme por el simple hecho de mirarla. Poco a poco, la velocidad va aumentando, sus gemidos y los míos también. Sin embargo, lo que más nos gusta en ese momento es poder mirarnos a los ojos al tiempo que todo aquello ocurre, dándonos cuenta de todo lo que estamos sintiendo y viviendo gracias a la otra.

Veo su alma, ella la mía. Conectan para no volver a separarse nunca más. Lo sabemos, lo sentimos en aquel preciso instante.

Pocos minutos después, ambas estallamos en un sonoro orgasmo que nos deja completamente extasiadas.

—¡Joder! —exclamo al tumbarme a su lado. Me quito el arnés y busco su mirada. Esos preciosos ojos verdes están esperando los míos.

—Ha sido increíble.

—¿Sí? Es la primera vez que utilizo...

—Pues para no haberlo utilizado, te manejas muy bien, reina —dice con intención mientras se gira y se acomoda sobre mi cuerpo. Su cuerpo desnudo se junta de nuevo al mío, y esa sensación tan maravillosa vuelve a apropiarse de mí. Imagino que se quedará tumbada, pero poco a poco empieza a bajar. Sus besos y caricias llenan cada centímetro de mi cuerpo.

—¿Dónde vas? —pregunto al notar que sigue bajando. Pero no obtengo respuesta, no hacen falta palabras. Su boca llega a mi centro y no se aparta hasta que vuelvo a estallar, esta vez sobre ella.

Al terminar, sube buscando mis labios, aún hay un pequeño rastro de mí sobre los suyos. Probarme en su propia piel es más placentero de lo que llegué a imaginar, tanto que no podemos dejar de besarnos durante los siguientes minutos. Volvemos a hacer el amor entre esas cuatro paredes durante las siguientes dos horas. Aprovechamos todo ese tiempo a solas, ya que en los próximos días será complicado encontrar un momento similar.

Al salir de la ducha, las dos terminamos con el pijama puesto. No son más de las siete de la tarde, pero aún quedan unas horas para salir y no tenemos ganas de vestirnos hasta entonces. En la cocina está Catalina, viendo la pequeña televisión que tiene allí mientras come algo.

—Hola, mamá. —Alba se acerca y besa su mejilla. Nos mira y sonríe.

—Hola, niñas. Esta mañana hice un bizcocho de chocolate, ¿os apetece un poco?

—Nos encantaría —respondo.

—Pero solo un trocito. Cenaremos temprano, hemos quedado para salir.

—¿Salís con...? —Su madre no termina la pregunta.

—No, no he vuelto a verlas desde la última vez. —Catalina asiente conforme—. Iremos al local donde trabaja Amelia.

—Bien, a ver... —Sirve una porción para cada una—. Probadlo y me contáis qué os parece.

Doy un bocado y me sabe a gloria.

—Llévatelo, Catalina —ruego. Me mira seria, pensando que no me ha gustado—. Llévatelo o me lo comeré entero. —Reímos—. ¡Está exquisito!

—¿De verdad?

—Está buenísimo, mamá.

—Estupendo, haré uno para esa comida familiar —apunta—. Por cierto, ¿os parece bien una

paella de marisco? Lo he estado comentando con tu tía durante nuestro paseo. —Nos miramos y asentimos—. ¿Hay algo que tu familia no coma?, ¿alguna alergia? No quiero tener ningún incidente.

—Nada importante, mi madre sí es alérgica a la canela, pero no creo que tengas que utilizarla en la comida.

—Cierto.

—¿Cómo descubrió que era alérgica a la canela? Es una alergia muy rara —comenta Alba.

—Bueno, le encanta cocinar. Un día hizo arroz con leche y le echó canela, solo un poco, por probar, era la primera vez. Al probarlo, empezó a toser y llorar, sus labios se hincharon... Nos fuimos a urgencias de inmediato, le pincharon y todo pasó. Incluso su garganta empezó a cerrarse, pero actuamos con rapidez y todo quedó en un susto.

—Se lo diré a Ana, ella se encargará de los postres y a ver si le va a dar por echarle canela. —Sonríe por el gesto. Le manda un mensaje informándola de inmediato.

—Se la puede echar, no pasa nada, con saberlo está bien. Además, ella siempre está pendiente. —Me mira y asiente con una sonrisa—. De hecho, voy a llamarla, hoy no he hablado con ella.

—¿Quieres que te dejemos a solas? —pregunta Alba.

—No, no, está bien, así os conoce.

Marco el número, y después de tres tonos descuelga. Es una videollamada, así que podemos vernos.

—¡Hola, mi niña! Ahora hablaba con tu padre de ti. —Él aparece en pantalla también.

—¡Hola! Os llamo para comentaros algo.

—Dinos.

—La semana que viene, aprovechando que estáis aquí, hemos organizado una pequeña comida familiar. Seremos nosotros, la madre y la tía de Alba, y ella, por supuesto.

—Suenas estupendo, hija.

—Os quiero presentar a madre e hija en cuestión. —Les pido a las dos con la mirada que aparezcan en pantalla. Alba se sienta más cerca y Catalina nos abraza por detrás—. Papá, mamá, ellas son Alba y Catalina. Chicas, ellos son Antonio y Beatriz.

—¡Encantada de conocerlos! —habla Catalina en primer lugar, Alba saluda sonriente—. Amelia habla mucho de vosotros.

—¡El placer es nuestro! También nos habla mucho de vosotras. —En ese momento enrojeczo—. Ahora que sabemos que somos familia y que vamos a juntarnos, nosotros prepararemos algo cuando llegemos a Barcelona, no queremos ir con las manos vacías.

—Hablábamos de ello —comento—. Tanto Catalina como Ana se encargarán de la comida.

—Pues, si estáis de acuerdo, nosotros llevaremos la bebida para acompañar los platos —dice mi padre. Nosotras nos miramos y asentimos conformes—. ¿Alguna preferencia? Puedo llevar algún vino y refrescos.

—¡Y cerveza! —saltamos Alba y yo al compás, algo que nos hace reír a todos.

—Está bien, cerveza para las niñas —suelta mi padre con gracia.

Todo sale rodado a partir de ese momento. Mi madre y la suya se enfrascan en una buena conversación, le paso mi móvil a Catalina y nosotras nos quedamos más atrás, observando la situación.

—Se llevan muy bien —susurra Alba acercándose a mí.

—Eso parece —contesto contenta. Rodeo su cuello y la beso con dulzura—. ¿Sabes?, me

siento mucho mejor con respecto a esto —Nos señalo—, mucho más relajada.

—Yo también. Creo que cierto acto ha tenido algo que ver. —Sonreímos—. Pero sí, es verdad que todo ha cambiado en estas horas, ¿verdad?

—Sí. La situación ha terminado de encajar. —Asiente antes de besarme—. Debo admitir que agradezco que tu tía no esté aquí.

—Yo también, nos preguntaría por lo ocurrido ahí arriba. Solo nos está dando tiempo. —La miro contrariada—. ¿Piensas que se le va a olvidar o que lo va a dejar pasar, como mi madre?

—No me digas que...

—En cuanto nos vea nos hará el cuestionario completo.

—Es una mujer peculiar.

—Es increíblemente picarona. —Reímos.

—Las chicas, estupendamente —escuchamos entonces—. Están en esa fase, odiosa para el resto del mundo, en la que no se despegan ni con agua caliente.

—¡Mamá!

—Pero todo bien —termina tras el reclamo de Alba.

Catalina gira la cámara y todos empezamos a reír. Está claro que esto ya es una familia y que la confianza es más que grande. ¿Lo peor de todo? Que todos están haciendo equipo para que nosotras pasemos vergüenza y, de momento, lo están consiguiendo.

## Trece

*Alba*

Unos minutos más tarde de las diez estamos subiendo las escaleras hacia el piso de Sandra, la jefa y amiga de Amelia. Esta da un par de toques en la puerta y a los pocos segundos nos abren. Tanto Sandra como Lola, su pareja, nos reciben con los brazos abiertos. Se abrazan con fuerza a nosotras y nos permiten pasar.

—Espero que no te haya importado quedar con nosotras un poco antes —me dice Sandra—. Así podemos tomar algo juntas y conocernos un poco.

—No, para nada. Es un gran gesto por vuestra parte.

—¿Cuánto hace que estáis juntas? —pregunta Lola.

—Nos conocimos hace un par de semanas aquí —contesta en primer lugar Amelia. Nos miramos en ese momento, no habíamos oficializado nuestra relación aún.

—Me sirvió una copa y me llevó a casa esa noche. —Sandra y Lola sonrieron al escucharme—. Fue un gesto muy bonito por su parte, sobre todo después de la forma en la que le hablé al principio.

—Estabas a la defensiva por lo ocurrido, no iba a dejarte sola.

—¿Pasó algo abajo? No he tenido constancia de ningún problema.

—¡No! Tranquila —habla Amelia tranquilizándola.

—Fue una situación con mi grupo de amigas de ese momento. Me dejaron tirada y sola. No era la primera vez, pero sí fue la ocasión en la que más me dolió.

—Las amigas no te dejan tirada —apunta Lola.

—Lo sé. Era muy consciente de las personas que tenía alrededor. Pero no actuaba por miedo a estar sola. Por suerte, conocí a Amelia. —Busco una de sus manos y la aprieto con fuerza—. Hablamos y me hizo darme cuenta de muchas cosas.

—Un regalo caído del cielo —dice Sandra.

—Totalmente —confirmo.

—No habéis oficializado nada, ¿verdad? —Ambas miramos a Sandra después de formular la pregunta.

—Aún no —contesta Amelia.

—¿Me equivoco, o creéis que todo va demasiado rápido? —Lola acierta de lleno, nosotras nos miramos y ambas ríen.

—Tranquilas —habla entonces Sandra—. Nosotras comprendemos bien lo que estáis pasando. Lo hemos vivido en nuestras propias carnes. De un día para otro, es como si nos conociéramos desde hace mucho tiempo. En poco menos de dos semanas oficializamos la relación, y en pocos meses empezamos a vivir juntas.

—¿Cómo habéis luchado contra ese miedo? —pregunto.

—Tú misma lo has dicho, luchando —responde Lola—. Nos queríamos y no íbamos a perder la oportunidad de tener ese amor. Disfrutamos cada día juntas, cada momento. ¿Hemos dado grandes pasos? Sí. Pero ha sido la mejor decisión de nuestra vida. Sé que es difícil, pero arriesgad. El tiempo es la clave. El tiempo, la confianza y una buena comunicación. Si tenéis esas tres cosas, todo llegará rodado, os lo aseguro.

Amelia y yo nos miramos. Empezamos a sentirnos muy identificadas con ellas.

—Nos acabamos de conocer, pero siempre que necesites algo —me dice—, necesitéis algo —aclara mirándonos—, que tengáis dudas —apunta señalando la pareja de ambas— nos tenéis aquí, chicas, de verdad. Contad con nuestra amistad y con nuestra experiencia.

—Gracias, de corazón.

—Bueno, ¿os apetece tomar una copita de vino para empezar la noche? —Ambas asentimos al escuchar a Lola, que se levanta de inmediato para servir las.

Durante los siguientes minutos, las cuatro comentamos mucho sobre nuestras relaciones, sentimientos y lo que estamos experimentando. Lo cierto es que Amelia y yo nos quedamos mucho más tranquilas después de escuchar la vida de ambas, de hecho, nos parecemos mucho entre las cuatro a todos los niveles. Empezamos a conocernos más y decidimos que, a partir de este momento, saldremos en pareja en muchas más ocasiones. Es maravilloso tener otra pareja con la que sentirse tan identificada y con la que llevarnos tan bien.

Poco antes de las doce, bajamos al local. Tras pasar por una puerta falsa y bajar unas escaleras, llegamos a un despacho increíblemente grande. Es el lugar de trabajo de Sandra, nos explican que lo han acomodado para ambas en las últimas semanas, así separan el lugar de trabajo y el hogar. Lola es dependienta en una librería, sin embargo, se pasa muchas horas en ese despacho ayudando a Sandra. Me parecen hechas la una para la otra, se ve en cada mirada, en cada gesto.

El local está medianamente lleno. Poco a poco podemos ver cómo termina de llenarse. Sandra nos ha reservado una mesa para todas. Nos presentan a Sara, Patri y Dani y de inmediato empezamos a formar parte de ese grupo de amigas. ¡Incluso nos incluyen en el grupo de WhatsApp conjunto para poder quedar más veces! Poco a poco todas empezamos a hablar y comprendo que ellas sí son buenas amigas; se hacen querer y conectamos con todas bastante rápido. Puedo notar que ya conocían a Amelia, al parecer siempre está pendiente de ellas cuando trabaja y la aprecian muchísimo.

A mí me acogen con los brazos abiertos. Todas y cada una de ellas me dan algo increíble. A partir de ese momento las siento parte de mi vida, y estoy realmente agradecida por haberlas conocido.

### *Amelia*

Después de un par de horas de baile, risas y muchas conversaciones con las chicas, me quedo a solas con Alba. Compartimos el que será nuestro primer baile, el DJ pone una canción algo más lenta y no dudamos en abrazarnos y bailar la.

—¿Qué te parecen? —le pregunto. La he visto muy cómoda con todas las chicas.

—Son maravillosas, cariño —responde haciendo el abrazo más fuerte—. Son muy cercanas, no paran de decirme lo buena pareja que hacemos. —Sonreímos.

—Es que hacemos buena pareja, ¿o no? —pregunto con intención antes de besarla.

—Muy buena pareja —susurra sonriente contra mis labios—. ¿Sabes?, creo que es muy buena hora para preguntarte algo.

Estamos frente a frente, mirándonos como si no existiera nadie más a nuestro alrededor.

—¿Qué quieres preguntarme?

—¿Quieres ser mi novia? —Paro de bailar y me separo unos centímetros. Se queda un poco

seria.

—Ya creí que no me lo preguntarías nunca —respondo riendo antes de besarla y calmar sus nervios—. Claro que quiero, preciosa mía. Lo he querido desde las primeras miradas que tuvimos en este mismo lugar hace dos semanas. Te quiero con locura, Alba.

Nos abrazamos y nos besamos muy contentas. Todo va fenomenal esa noche, es nuestra noche, hasta que una voz bastante familiar llama nuestra atención. Solo la he escuchado una vez, pero lo suficiente para reconocerla.

—Ahora sabemos que nos ha cambiado por una pija. —Alba y yo la miramos bastante seria.

—¿Qué acabas de llamarme? —Me encaro, no voy a aguantar sus desprecios.

—No, no entres, amor —susurra Alba dando un paso adelante—. No vuelvas a decirle algo así, te lo pido por favor. Y yo no os he cambiado por nadie, vuestros actos han provocado que yo prefiera alejarme.

—¿Nuestros actos? —Está claro que Andrea es la líder del grupo, las demás ni siquiera son capaces de hacer contacto visual con nosotras—. Encima de que te llamamos para salir y que no te quedes aburrida en casa.

—Créeme, estar en casa no significa estar aburrida. —La chica bufa, Alba está respondiéndole con calma, sin entrar al trapo, y le empieza a molestar.

—¿Y tú no eras hetero? —le pregunta entonces con media sonrisa intentando molestarla.

—Tengo de hetero lo que tú de buena amiga —responde directa, no puedo aguantar la risa, me río en su cara. De hecho, creo que incluso las chicas que están a su espalda se aguantan la sonrisa. Me siento muy orgullosa de mi chica en este momento.

—¿Qué quieres decir con eso? —cuestiona indignada.

—Creo que no hace falta responder esa pregunta, ¿no te parece? —intervengo—. Dejar tirada a una amiga, llamarla de relleno, hablarle de esta forma..., ¿te parece que son maneras de tratar con una amiga? Lo que no sé es por qué estás chicas estás contigo, se merecen algo mejor.

Las chicas se miran entre sí. Está claro que ese grupo tardará poco en disolverse después de todo este espectáculo.

—¿Y tú quién eres para meterte en esta conversación?

—Pues, para tu información, y ya que estás tan interesada, soy su novia. Y me meteré cuando y como yo considere, más si piensas hacerle daño con tus palabras, algo que no te voy a permitir.

—¿Cómo puedes estar con esta pija?

—Me llama pija otra vez y no respondo —susurro en el oído de Alba.

—En primer lugar, se llama Amelia. En segundo lugar, es la persona que me hace feliz, así que espero estar con ella el resto de mi vida. ¡Y por último! —Levanta la voz, ya que esa chica pretende decirle algo más, pero no puede—. No eres nadie para decidir por mí, nunca lo has sido, y eso es lo que más te molesta. Jamás he seguido tus normas, nunca he estado de acuerdo con tus planes y, ¿sabes qué? No me puedo sentir más orgullosa de mí misma. Ojalá todas ellas se den cuenta de la persona tan manipuladora que tienen delante y comprendan lo que es la verdadera amistad y el verdadero amor. Y si no te gusta lo que ves, si no te gusta esto, ya te estás largando. No voy a perder más tiempo contigo.

Jaque mate. Alba ha ganado la partida, y con gran ventaja. Esa chica, Andrea, se maldice a sí misma por ser incapaz de responder. La ha dejado a la altura del suelo con mucha educación, esto termina de rematarla.

Se marcha cuando giro a Alba, le sonrío y la beso con ganas delante de todas. Se acabó sufrir por esta chica.



## Catorce

### *Amelia*

El abrazo se alarga durante unos segundos. Alba lo necesita y se lo concedo con gusto. Las chicas se acercan, han sido testigos de toda la conversación.

—Estoy muy orgullosa de ti —susurro cuando se separa—. ¿Tan pija soy? —pregunto con gracia señalándome para hacerla reír, objetivo que consigo.

—¿Estáis bien, chicas? —Sandra llega a nuestro encuentro.

—¿Quién era esa? —pregunta Lola.

—Andrea y su séquito —respondo.

—Las personas con las que solía salir.

—¿Esas son las chicas de las que hablamos antes? —Lola está sorprendida, ambas asentimos como respuesta—. Pues, cariño, hiciste bien dejando ese grupo.

Alba deja caer algunas lágrimas, toda aquella tensión al fin está desapareciendo y se siente libre. Ha dado un gran paso personal. Estamos cerca de la barra, Sandra llama a Mario.

—Querido, sírvenos unos chupitos, tenemos que brindar. —Se pone al instante.

—¿Brindar? —pregunta Alba. Cuando todas tenemos nuestros vasos, Sandra responde.

—Vamos a brindar por varias cosas. En primer lugar, por Alba. La vida a veces no pone las cosas demasiado fáciles y ella acaba de superar un gran miedo. —Sonreímos. Es así.—. En segundo lugar, por la pareja que forma junto a Amelia, que no dudo que estarán juntas por mucho tiempo, estáis hechas la una para la otra.

—Como nosotras —añade Lola. Todas reímos. Ambas se besan.

—Así es, cariño. Y, en último lugar, por nosotras y nuestra amistad, para que dure eternamente.

—¡Salud! —Chocamos los pequeños recipientes y lo tomamos de golpe todas a la vez.

El fin de una era y el comienzo de otra. No podemos estar mejor acompañadas.

### *Alba*

Esa noche llego a casa muy feliz. La recordaré como una de las mejores noches de mi vida por el simple hecho de haber oficializado la relación con la mujer a la que quiero y por haber podido enfrentarme a una persona que jamás me hizo bien. Además de compartir esos momentos con las chicas.

Me quedo dormida en los brazos de Amelia después de varios minutos de besos y caricias. Su cuerpo y el mío vuelven a encontrarse en la oscuridad de aquella habitación y se deleitan con todo ese amor que nace en cada poro de nuestra piel.

A la mañana siguiente, nada más despertar, descubro que Amelia ya no está. Me levanto, me lavo la cara con agua fría para terminar de despertarme y bajo. Huele a café recién hecho y a tostadas, olor que me hace sonreír. Estoy hambrienta.

—Le gustará mucho, Amelia, estoy segura.

—¿Que me gustará el qué? —pregunto desde la puerta. Tanto mi madre como ella me miran con una sonrisa.

—Nuestro plan de hoy —responde Amelia, que se acerca y me besa. Recuerdo en ese momento el plan de la primera cita romántica—. No será totalmente sorpresa, porque tienes que conducir tú —Sonreímos—, pero bueno, la intención es lo que cuenta.

—Reina, cualquier plan que hayas preparado será maravilloso. —La beso de vuelta. Al separarme voy hasta mi madre, que nos observa sonrientes—. Buenos días, mamá.

—Buenos días, cariño.

—Ya le he dicho que mañana volveré a casa por la mañana. —Comenta Amelia mientras desayunamos—. Mis padres llegan a la hora de comer y quiero preparar todo y hacer la compra.

—Sí, además yo entro a trabajar a las 7, tengo turno de doce horas.

—Si te apetece y no estás muy cansada, pásate luego y los conoces.

—Lo intentaré —digo sonriente—. Aunque me pasaré por casa antes, así estaré más presentable después de doce horas de trabajo.

—Cuando quieras, en casa estaremos. Si salimos a tomar algo o surge algún plan, te avisaré.

—Vale.

Pasamos la mañana tranquilas. Aprovecho para mirar la herida de Amelia, ya que después de la fiesta de anoche la venda está sucia y no quiero que tenga problemas ni ningún tipo de infección. Le cambio el vendaje y aprovecho para curarla.

Nos duchamos, nos preparamos y cogemos todo lo que ha preparado con mi madre para nuestra cita. Nos pasaremos el día fuera. Conduzco hasta el *Bunkers del carmel*, uno de los mejores miradores de Barcelona, mi favorito. Por suerte encuentro aparcamiento muy cerca y los últimos metros los hacemos andando. Aquel es un lugar especial para mí, supongo que mi madre ha sido parte de esta idea. Acomodamos todas las pertenencias que hemos traído y me quedo observando las vistas durante unos minutos.

Amelia se acerca por la espalda y me abraza.

—Tu madre me dijo que era un lugar muy especial para ti, pero no sé por qué.

—Es el último lugar dónde estuve con mi padre. Veníamos casi todas las semanas para disfrutar de las vistas, de la tranquilidad, y poder hablar de nuestras cosas. Cuando vuelvo aquí, rememoro todos esos momentos y me hace muy feliz. Dos días después de la última vez que estuve con él, falleció en el accidente. —Agacho la cabeza sintiendo cómo las lágrimas corren por mis mejillas. Amelia besa mi cuello, me gira y me abraza.

—Es vuestro lugar, amor, siempre lo será.

—Gracias por traerme aquí —digo aún emocionada.

—Lo que sea por ti, Alba.

Nos pasamos casi toda la tarde allí sentadas. Quiero hablarle de mi padre y me escucha con atención todo el tiempo que lo hago, incluso se emociona en alguna ocasión. Al final de la tarde, cuando el sol empieza a caer, nos quedamos observando aquel espectáculo de vista. Es magnífica. Por un instante me giro para mirarla, su sonrisa ilumina su rostro. Es su primera vez en ese lugar y está completamente feliz. Nunca una primera cita me había hecho sentir tan feliz y emocionada, la elección del lugar ayuda a ello, y, además, Amelia y yo conectamos mucho más si es posible.

Al sentir mi mirada se gira, sonrío y se sienta mucho más cerca. Coge mis piernas y las coloca sobre las suyas para acariciarme. Yo la abrazo, quedando completamente unidas en ese instante.

Volvemos a casa cuando está anocheciendo, ambas nos sentimos bastante relajadas, ha sido un día y una cita maravillosas. Al entrar descubrimos que mi madre y la suya hablan por

*FaceTime*, en el momento de las presentaciones se intercambiaron los teléfonos y hablan todo el tiempo. Yo lo agradezco, a parte de mi tía y alguna que otra amiga, mi madre no salía ni se comunicaba. Tras la muerte de mi padre dejó de salir con algunas parejas de amigos. Evidentemente, hacerlo aún le produce dolor. No obstante, ahora tiene también a Beatriz, y eso me hace muy feliz.

—¡Mira, acaban de llegar! —comenta mi madre nada más vernos.

—¡Hola! —Saludamos ambas a la cámara—. ¿Cómo está, Beatriz?

—*Muy bien, gracias por preguntar, Alba. Y no me trates de usted, por favor.*

—Como quieras —digo sonriente.

—¿Todo bien, mamá?

—*Todo muy bien, organizábamos la comida del sábado* —Asentimos—. *Mañana llegaremos a la hora de comer, ¿qué te parece si comemos fuera?*

—Me parece genial, haremos lo que queráis —contesta Amelia.

—*¡Catalina, Alba, os podéis apuntar si queréis!*

—¡Gracias Beatriz, pero yo estaré trabajando! —digo apurada—. Os veré por la tarde-noche al salir del turno.

—Yo he quedado con mi cuñada —dice mi madre—. Pero no te preocupes, tenemos toda la semana para vernos y conocernos. Disfrutad de vuestra hija estos días y aprovechad para conocer la ciudad. En esta época es maravillosa.

—*¡Está bien!*

Amelia y yo dejamos a *Pili* y *Mili* hablando y subimos para ducharnos y acomodarnos. La ducha se alarga un poco, decidimos disfrutarla en compañía y acaba pasando de todo. Esta vez sabemos comportarnos y disfrutamos de nosotras en silencio, más sabiendo que mi madre y la suya podrían oírnos.

—Se me hace muy complicado separarme de ti —susurra Amelia después de besarnos, mientras estamos tumbadas en la cama.

—A mí me pasa lo mismo. ¿Sabes?, estoy muy feliz de que mi madre y la tuya se lleven tan bien. Mi madre no sale mucho desde... —No hace falta mencionar nada—. Y que hable con ella y se distraiga es bueno. Solo tiene a mi tía y, aunque le gusta pasar tiempo sola, no quiero que ese tiempo sea excesivo.

—Puedes estar tranquila, creo que ella está feliz. Esta mañana, cuando me levanté, la descubrí cantando. La vi muy contenta. Eso es bueno, ¿no?

—Mucho —digo sonriente—. Poco a poco está volviendo a la normalidad. Por suerte el teletrabajo la tiene muy entretenida en ciertas horas. Que mi madre esté recuperando esa vitalidad y ese brillo me hace muy feliz.

—Poco a poco, cariño, cada uno tenemos nuestro proceso.

—Sí, es verdad. Gracias por hablar conmigo de esto.

—No me des las gracias por esto, tonta —susurra abrazándome—. Me encanta poder tener una comunicación tan fluida contigo.

—Sí, pero no me refiero solo a eso. —Nos miramos—. Tú me escuchas, y no solo las palabras que digo, sino también las que no. Y eso es muy importante para mí.

No hacen falta más palabras, todo está dicho. Y lo que no, es más que evidente para nosotras.

# Quince

*Amelia*

Alba se marcha a trabajar muy temprano a la mañana siguiente, yo me quedo dormida durante un par de horas más. Al despertar, me visto, recojo la habitación y dejo todo limpio. Bajo y dejo mis cosas justo en la puerta de la casa. Catalina está trabajando, así que me hago yo misma el desayuno tras convencerla de que no lo haga ella.

Mientras termino de desayunar, reservo una mesa para comer con mis padres. Ya han salido y me avisan con la hora de llegada. Al terminar, friego todo y me despido de Catalina.

Vuelvo a casa en autobús. ¡Hacía meses que no tomaba el transporte público! Creo que solo lo hice una vez a mi llegada, después comprendí que era mucho mejor salir con mi moto. ¡Cuánto echaba de menos montar en moto! Voy a verla antes de entrar en casa. La tengo en un *parking* privado justo enfrente del edificio donde vivo; está vigilado y pagando lo mínimo sé que estará segura, así que no me lo pensé.

Me paso el resto de la mañana en la ducha y preparando la habitación para la llegada de mis padres. Por suerte no tengo que lavarme el pelo, Alba me ha ayudado para tenerlo listo en el día de ayer. Cuando quiero darme cuenta, alguien llama a la puerta, corro para abrir. Nada más hacerlo, abrazo a mi madre. Suspiro tranquila. No puede imaginar lo feliz que me hacen en este momento.

—Mi niña —susurra—, cuánto te he echado de menos.

—Y yo a vosotros, mamá. —Me separo de ella y abrazo a mi padre.

—¿Cómo estás, hija?

—Muy bien, papá.

—¿Y tu brazo? —Mi madre se acerca.

—Muy bien, sigue adelante. Mañana tengo que ir a curarme, seguramente ya me dejen la cicatriz al aire.

—Eso es muy bueno. —Asiento.

Les enseño el piso con tranquilidad, aunque ya lo han visto a través de videollamada. Dejan todas las cosas en la habitación de invitados y, quince minutos antes de la reserva salimos de casa. Iremos andando, ya que el restaurante está a poco más de diez minutos.

—¿Cómo va todo con Alba? —pregunta mi madre mientras caminamos.

—Muy bien, estoy muy feliz de tenerla.

—¿Vendrá a comer? —cuestiona mi padre.

—No, trabaja hasta las siete, creo recordar. En cuanto salga se encontrará con nosotros.

—¿Cómo lleva tu jefa tu ausencia?

—Pues bien, no me ha sustituido. Entre ella y su mujer ayudan al resto de mis compañeros mientras tanto, se están apañando bien. Aunque me quiere de vuelta en cuanto pueda.

—Te tiene mucho aprecio.

—Mucho.

—¿Y dices que está casada?

—No, no están casadas aún, pero lo harán. Sandra y Lola se conocieron en el mismo local, su historia y la mía con Alba son muy parecidas. Son tan felices como lo somos nosotras ahora.

—Pues me alegro mucho por ellas —dice mi padre.

No me había dado cuenta de lo mucho que los echaba de menos. La comida es deliciosa y revitalizante al lado de ellos. Nos pasamos la tarde paseando por la zona, quieren conocer bien todas esas calles para poder moverse con tranquilidad. Hago de guía en todo momento.

Sobre las seis y media, Alba llama. Ha salido antes del trabajo, así que se encontraría con nosotros a eso de las siete. Decidimos parar entonces en un bar cerca de mi piso, tomaríamos algo todos juntos.

El día ha sido maravilloso, me falta ella, y pronto la tendré con nosotros. No obstante, Alba no va a ser la única que nos acompañe.

### *Alba*

Llego del trabajo agotada, ha sido un día bastante completo. Solamente me apetece tumbarme y dormir, pero he quedado con Amelia y su familia. Pensar en ella hace que todas mis fuerzas se renueven al instante.

—¿Voy bien? —Me pongo frente a mi madre con el *look* que he elegido. Las temperaturas son altas, así que escojo unos pantalones rotos, un top y una camisa abierta, además de unas bambas para completar el *look*. Recojo mi melena rubia en una coleta y estoy lista.

—Estás preciosa, mi niña. ¿A qué hora has quedado?

—Ya tengo que irme. Me están esperando para tomar algo.

—Vete entonces, no te demores más. —Deja un beso en mi frente antes de salir—. ¿Volverás a dormir?

—¡No lo sé! —exclamo desde el coche—. Te aviso.

Conduzco con cuidado, hay un poco de tráfico por la hora, pero por suerte no llego muy tarde. Aparco justo enfrente del bar donde estaban Amelia y su familia. Al mirar, descubro que otra mujer los acompaña. Está sentada, pero es una mujer alta, bastante guapa y elegante. Sus padres no paran de sonreír con ella.

Me bajo del coche y voy hasta el paso de cebra que hay pocos metros a la derecha. Mientras espero, Amelia levanta la vista. Está algo tensa, lo noto. Sin embargo, nada más verme, sonrío. Se levanta y llega a mi encuentro nada más cruzar.

Pretendo besarla y decirle lo mucho que la he echado de menos, pero aparta lo suficiente la cara para que no pueda hacerlo en los labios. Le dedico una mirada extraña, no entiendo. Pienso que será porque sus padres y aquella mujer nos miran, así que no le doy muchas vueltas.

Nos acercamos a ellos. Sus padres se levantan nada más llegar.

—Papá, mamá, ya conocéis a Alba.

—Encantada de poder conocerte al fin en persona —dice su madre abrazándome.

—El placer es mío, Beatriz. —Miro a su padre, que me dedica una sonrisa—. Un placer, Antonio.

—El gusto es mío, señorita —habla en un tono gracioso, haciéndome sonreír.

Mi curiosidad puede conmigo y miro a aquel pedazo de mujer que los acompaña. Sonríe de medio lado mientras me mira intensamente.

—Alba, ella es Carol.

—Encantada de conocerla —digo tendiendo mi mano. La estrecha con fuerza.

—Un placer, Alba. Y os conocéis de...

—Somos amigas —contesta Amelia, dejándome blanca en ese instante.

—Estupendo —contesta la mujer, contenta.

Yo me siento completamente tensa, intentando comprender ese «amigas». Carol empieza a hablar con Amelia y sus padres, los cuales me miran un poco preocupados. Quizás la tensión se refleja en mi mirada. No podía dejar de ver la interacción entre ambas. Cómo le hablaba, las insinuaciones, las miradas...

—Siempre has sido una mujer diez —habla Carol cogiéndole la mano. Ahí no puedo aguantar más.

—¿Y de qué os conocéis? —pregunto. Mi curiosidad ya no aguanta más. Siento la mirada de Beatriz, Antonio y Amelia. No obstante, la mía está pegada a la de Carol, que sonrío de medio lado.

—¿No le has hablado de mí? —le cuestiona a Amelia. Yo la miro, intuyo por dónde van las insinuaciones.

—Carol...

—Amelia y yo fuimos pareja. —Me hago la sorprendida—. Tuvimos una historia bastante intensa, una historia de la que aún quedan brasas —susurra cogiendo el mentón de Amelia para que la mire. Está nerviosa y es incapaz de mirar a otra parte que no sea el suelo.

—Vaya, pues no sabes cuánto me alegro de que aún quede algo. —Es el único momento en el que Amelia puede mirarme.

—Alba...

—¡No, no, tranquila! No tienes que explicarme nada. Carol ya me ha dejado las cosas claras. —Me levanto para irme—. Beatriz, Antonio, un placer haberlos conocido.

Sin decir nada más, echo a andar. Las lágrimas empiezan a amontonarse en mis ojos. Cruzo casi sin mirar si vienen coches y me monto en el mío rápidamente.

—¡Alba, espera! —Amelia coge la puerta antes de que pueda cerrarla. La miro y comprendo lo dolida que estoy—. No hay nada entre Carol y yo.

—Ella no piensa lo mismo, al parecer —contesto.

—Alba, por favor...

—He visto sus miradas, Amelia. Sus caricias, sus susurros. Y tú no le has dicho nada, ni siquiera te has molestado en apartarte. Y, para terminar, me presentas como tu amiga. ¡Amiga!

—No quería que ella supiera lo nuestro, es complicado de explicar, Alba.

—Tranquila, no me hacen falta explicaciones. Ya está todo bastante claro.

Le aparto la mano con la mayor suavidad que puedo y cierro. Arranco y me marchó sin mirar atrás. Llego a casa veinte minutos después. Decido dar un rodeo antes de volver para intentar calmarme, aunque nada sirve. Al cerrar la puerta mi madre se acerca. Estoy apoyada en ella, llorando en silencio.

—Alba, cariño, ¿qué ha ocurrido?

—Necesito estar sola —susurro antes de que pueda abrazarme. Me aparto y subo. Termino encerrada en la habitación el resto de la noche.

Lloro desconsoladamente. No puedo negarlo, perderla es el mayor de mis temores y, tras las afirmaciones de aquella mujer, algo se rompió dentro de mí. Me quito la ropa, me pongo el pijama y me tumbo en la cama. Amelia me llama en varias ocasiones, pero no respondo en ninguna; tampoco contesto sus mensajes. Estoy enfadada y, si lo hago, podría arrepentirme.

Pasadas las diez, mi madre toca la puerta. Ante mi falta de respuesta, entra. Yo me coloco boca abajo, no quiero que me vea llorar. Se sienta a mi lado y acaricia mi espalda durante varios

minutos.

—Amelia ha llamado...

—Me da igual.

—He hablado con Beatriz, me ha contado lo sucedido.

—Dirás que mi reacción es exagerada.

—No. Creo que Amelia no ha actuado bien, su madre opina lo mismo y entiende que estés enfadada con su hija.

—Me ha presentado como su amiga —explico triste, aunque ella ya lo sabe—. ¡Amiga! Y esa mujer no... —Suspiro. Soy incapaz de decir nada.

—Tranquila, hija. Ven aquí. —Me acoge en sus brazos—. ¿Puedo decir algo?

—Sí...

—Tómate el tiempo que necesites, pero no dejes esto así, ambas necesitáis hablar, para bien o para mal. Os queréis demasiado para que esto termine de este modo. —No digo nada—. ¿Me prometes que al menos lo intentarás?

—Lo haré. Gracias, mamá.

Necesito unos días para pensar, esta situación es demasiado amarga para mí, y lo que menos quiero ahora es hablar con ella. Me tomaré mi tiempo para reflexionar.

## Dieciséis

### *Amelia*

No he actuado bien. Lo sé. ¡Claro que lo sé! Tener a Carol al lado me hace sentir pequeña, indefensa. Sus insinuaciones y actos me ponen tan tensa que soy incapaz de decir o hacer nada, eso incluye pedirle que deje de decir y hacer ciertas cosas. De hecho, incluso he sido incapaz de decirle que no se sentara con nosotros.

Mis padres la conocen, pensamos que se marcharía tras unos minutos, pero no sucedió. Y la interacción cuando Alba estaba con nosotras fue el remate final. Cuando me ha apartado la mano del coche y se ha marchado sin mirar atrás, todo dentro de mí se ha apagado. Me vuelvo hacia la mesa, las lágrimas corren por mis mejillas. Estoy rota y enfadada. Cruzo de nuevo la calle sin dejar de mirarla, es la primera vez que me ve de ese modo y su sonrisa al fin se apaga.

—¿Aún quedan brasas?, ¿en serio?! —le cuestiono con los dientes apretados, no quiero montar un espectáculo—. ¿Por qué no me puedes dejar en paz de una vez?

—Amelia...

—No supiste valorarme cuando me tenías a tu lado, no confiabas en mí. ¿Crees que yo quiero volver contigo? Estás muy equivocada, mucho.

—¿Por qué la has presentado como una amiga, entonces? —Se levanta mientras lo pregunta.

—Solo quería protegerla de ti. —Sus ojos se abren sorprendidos—. No eres una mala persona, Carol, pero me hiciste mucho daño en el pasado y solo evitaba que ese dolor volviera. Me tenso cada vez que te tengo al lado, me pongo muy nerviosa, ¿y sabes por qué? —Niega con lentitud—. Porque no confío en ti, y sé que eres capaz de decir cualquier cosa para que todo se rompa.

—Eso no es...

—¡Es verdad! —vuelvo a cortarla—. ¿No recuerdas a Lili?

—¿Quién es Lili? —pregunta mi madre. Cuando la mira, Carol agacha la vista.

—La conocí poco después de romper con ella. Se encargó de malmeter entre ambas para que no funcionara y así poder conquistarme otra vez. Desde entonces no he vuelto a tener pareja, todo por miedo a que ella apareciera y lo estropeará todo. Y no me equivocaba.

En ese momento me siento de nuevo, agotada, rendida. Mi padre le pide a Carol con educación que se marche y nos deje solos. Por suerte, ni siquiera abre la boca, se va al instante.

—Soy una idiota.

—No, cariño, no eres una idiota —susurra entonces mi madre—. El miedo te ha hecho actuar así.

—Y lo he hecho fatal, lo sé. —La miro y asiente.

—Vámonos a casa. —Mi padre vuelve de pagar la cuenta—. Creo que todos necesitamos tranquilidad.

A lo largo de la noche intento hablar con Alba, incluso quiero salir y buscarla. Sin embargo, mi propia madre me lo impide. Tiene razón, debo darle espacio. No quiere decírmelo, no obstante, la oigo hablar con Catalina. Me tumbo en la cama y me quedo dormida por el agotamiento.

Sé que tendré una ocasión de hablar con ella. Esta mañana me toca curarme y ella estará allí,

o al menos eso espero. En esta ocasión, es mi madre quien me acompaña. Papá se ofrece a ir a comprar mientras tanto. Antes de entrar, a sabiendas de que estaría allí, mi madre me para.

—No la obligues a hablar. —Agacho la mirada—. Sé que quieres aclarar todo cuanto antes, hija, pero necesita su espacio.

—Mamá...

—Ponte en su lugar, Amelia.

Lo hago, no hacen falta más advertencias.

—Está bien, no haré ni diré nada. Bastante mal lo he hecho ya.

Espero mi turno y, al entrar en la enfermería, me encontré con Dolores. ¿Por qué pensé que ella iba a estar ahí? Está claro que se las ingeniará para no coincidir conmigo.

—¡Hola, Amelia! Veo que traes nueva acompañante —Sonrío.

—Ella es mi madre, Beatriz. Mamá, ella es Dolores.

—Un placer. —Se saludan con una sonrisa.

—Bien, veamos esta cicatriz. —Empieza a quitarme las vendas y gasas que la protegen—. Alba me dijo que intentaría llegar a tiempo. —La miro—. Tuvo que entrar a quirófano para sustituir a una compañera que ha faltado a última hora.

—No pasa nada —susurro.

—¿Te encuentras bien?, ¿acaso te duele?

—No, no, es que no he dormido muy bien hoy, nada más.

—De acuerdo. —Mira la herida—. Está muy bien, Amelia. La vamos a dejar al aire a partir de ahora, para que termine de secar. Lávala con agua y jabón durante estos días sin frotar sobre los puntos, hazlo alrededor con los dedos, suavemente. Y evita que le dé el sol.

—Vale.

—Vuelve el jueves y retiraré los puntos. Sigue sin hacer esfuerzos muy grandes hasta nueva orden. Está prácticamente cerrada, pero no quiero sustos.

—Sin problemas.

Nada más terminar las curas, salimos del hospital. Es extraño tener la herida al aire, la siento desprotegida.

—Ahora debes tener cuidado —comenta mi madre mirándola.

—Sí, lo sé.

—¿Te apetece tomar un café?

—Preferiría volver a casa, si no te importa, mamá.

—Claro. —Comprende que no tengo demasiado ánimo. Me abraza y me deja un beso en la frente antes de emprender nuestro camino.

—¡Amelia! —Al escuchar su voz, levanto la cabeza y me giro. Mi madre aprieta su agarre como señal para que me tranquilice—. Hola...

—Hola.

—¿Cómo ha ido? —Levanto el brazo—. Pensé que terminaría a tiempo, lo siento.

—Tranquila, tienes trabajo, no pasa nada.

La examina y sonrío.

—Yo... tengo que volver —dice casi sin poder mirarme.

—Vuelve, hija —habla entonces mi madre, sonriente—. No vaya a ser que te regañen por nuestra culpa.

—Gracias por acompañarla, Beatriz —le agradece antes de mirarme con un gesto serio y volver al hospital. No puedo evitar suspirar con fuerza cuando desaparece por la puerta.

—¿Sabes?, creo que hoy voy a preparar uno de tus platos favoritos. —Mi madre intenta mejorar mi ánimo durante el regreso a casa.

—Suenan genial, mamá.

Miro mi móvil. Deseo con todas mis fuerzas hablarle y pedirle perdón las veces que hagan falta, pero no lo hago. En este caso, envío un mensaje, pero no a Alba.

Necesito consejo,  
me he comportado  
como una idiota y  
no sé cómo arreglarlo.  
¿Podemos vernos esta  
tarde?  
Yo. 12:35 pm

Pásate por el local,  
Amelia. Estaré  
en mi despacho a  
partir de las seis.  
¿Ha pasado algo  
con Alba?  
Sandra. 12:40 pm

Te cuento mejor en  
persona. Es demasiado  
largo para explicarlo  
por un mensaje.  
Yo. 12:43 pm

Vale, tranquila.  
Lo solucionaremos.  
  
Sandra. 12:45 pm

### ***Alba***

Nada más llegar a casa, me ducho, me pongo algo cómodo y me tumbo en la cama. Estoy agotada, física y mentalmente. Me quedo mirando mi móvil con la conversación de Amelia abierta.

—No, no puedo. —Suspiro bloqueándolo y tirándolo a un lado. Pocos segundos después llaman a mi puerta.

—Hija, una chica pregunta por ti.

—¿Por mí?

—Me ha dicho que se llama Lola.

Sonrío. Si Lola está en mi puerta, significa que tanto ella como Sandra ya están al tanto de lo ocurrido. Bajo con mi madre, la saludo y salimos al jardín.

—Os prepararé unos zumos —apunta mi madre antes de dejarnos a solas.

—Gracias, mamá. —La miro y sonrío—. Supongo que no hace falta contarte nada, ¿no?

—No. ¿Tú cómo estás?

—Por un lado, sigo disgustada, la situación se torció demasiado. Pero por otro, creo que me pasé con la reacción. Ni siquiera la dejé explicarse. Estaba tan enfadada...

—Es normal que una situación así te inquiete, pero sabes que no tienes que preocuparte.

—¿Cómo está ella?

—¿La verdad?

—Por favor.

—Destrozada. Nos ha explicado todo sin parar de llorar. Sin embargo, creo que te perdiste la mejor parte.

—¿La mejor parte?

—Le puso los puntos sobre las íes a esa tal Carol. Quizás un poco tarde, sí, pero lo hizo. —Su móvil suena y abre el mensaje al instante—. ¿Tienes ganas de verla?

—Muchísimas, pero necesito algo más de tiempo. Yo... —Suspiro—. Es la primera vez que me comprometo con alguien, que tengo una relación seria. Quizás me esté extralimitando con los tiempos, pero los necesito para pensar y calmarme. Tengo demasiados miedos que callar antes de volver a verla.

—Tómate tu tiempo, pero no te excedas.

—¿Sandra y tú os habéis enfadado alguna vez?

—Pues claro, toda pareja tiene sus más y sus menos.

—¿Cómo lo habéis superado?

—Dándonos tiempo para pensar y sentándonos solas a hablar. Comunicándonos. Expresando todo aquello que llevamos dentro e intentando comprender a la otra parte.

La verdad es que hablar con Lola me ayuda a reflexionar sobre todo lo ocurrido. Y me doy cuenta de que yo no me he puesto en el lugar de Amelia. Ella debe tener un buen motivo por el que actuó así.

En cuanto Lola se marcha lo decido; al día siguiente, nada más salir, iré derecha a hablar con ella. Es el momento de solucionar esto, para bien o para mal.

## Diecisiete

### *Amelia*

Los días sin ella se hacen realmente eternos. Después de hablar con Sandra y con Lola me quedo un poco más tranquila. Todos tienen razón, necesita tiempo y estoy dispuesta a dárselo. Mis padres y Catalina siguen en contacto a diario, preparan la comida del sábado, día que llega y Alba y yo seguimos sin comunicarnos. Me paso toda la semana en casa, únicamente salgo para dar un paseo con mis padres —aunque visitaron la ciudad sin mi compañía. Debo darles las gracias por respetar mis sentimientos y permitir quedarme a solas—, y para ir al hospital y retirarme los puntos. Creí que la encontraría allí, pero de nuevo me equivoqué. Esta vez Dolores ni siquiera la nombró.

Estoy haciendo unos ejercicios y movimientos de brazo en mi cuarto (para ir perdiendo el miedo y coger fuerza), cuando mi madre entra.

—Hemos quedado con Catalina —anuncia—. Quiere que vayamos un poco antes.

—Id vosotros...

—Amelia, hija, no podéis seguir así. —Me siento en la cama y me echo a llorar. Ella se sienta a mi lado y me abraza.

—No la voy a obligar a hablar conmigo, mamá.

—Termina tus ejercicios, date una ducha y vas. Creo que es el momento de que solucionéis esto.

—No imaginé que la primera comida familiar terminaría así.

—La comida ni siquiera ha empezado, y vosotras dos sois unas cabezotas. —Se levanta entonces—. Así que deja de llorar y dúchate. Si no os encontráis por vosotras mismas, Catalina y yo os obligaremos a ello. —No puedo evitar reír por esa pequeña amenaza. Más de una vez durante toda la semana las he oído hablar del tema.

—¡Vale, vale! —Levanto los brazos con gracia en señal de rendición—. No me esperéis, más tarde voy...

—¿Seguro?

—Seguro. —Ambas sonreímos y nos abrazamos.

En poco más de quince minutos, se han marchado. Me meto en el baño y empiezo a quitarme la ropa para ducharme. Tras quitarme los puntos me siento más libre, ya puedo hacer mayores movimientos, y poco a poco recupero la fuerza. Hablé con Sandra para volver el mismo lunes, pero me dijo que me tomara una semana más. Vacaciones, según ella. Así que, tras mucho insistir, acepté.

Estoy a punto de entrar en la ducha cuando llaman a la puerta.

—Ya se han olvidado algo.

No es la primera vez durante toda la semana que se han ido sin llaves con el único propósito de hacer que me levante. Me pongo la toalla y voy corriendo.

—¿Qué os habéis olvidado ahora? —pregunto abriendo la puerta. Pero no son ellos.

Al otro lado de la puerta se encuentra Alba. Está vestida y preparada para la comida. Lleva puesto un peto vaquero, un top y unas bambas. El pelo acaricia sus hombros y su espalda. Su mirada y la mía se encuentran con lentitud. Me hago a un lado y entra.

—Hola —susurra.

—Hola. Yo... perdona mis pintas, estaba a punto de entrar en la ducha.

—No pasa nada, estás preciosa. —Agacho la mirada y sonrío.

—Alba, yo...

Me manda callar. Su dedo índice se posa con cuidado sobre mis labios. Se acerca a mí, desabrochando su peto y dejándolo caer al suelo. Su top y la ropa interior corren el mismo camino, no duran en su cuerpo ni dos minutos. Yo la miro totalmente extasiada, no tengo palabras. Ella sonrío cuando la contemplo. Coge una de mis manos y tira de mí hasta el baño. Cierra la puerta y aparta la mano que sujeta la toalla. Entramos en la ducha, ella se coloca bajo el agua, arruinando su peinado y su maquillaje. Le da igual. A los pocos segundos tira de mí y, al fin, nos fundimos en un abrazo.

Ambas nos echamos a llorar. No nos separamos hasta estar completamente calmadas.

—Llevo varios días intentando venir a hablar contigo —dice mientras coge el champú y empieza a lavarme el pelo—. Llegaba hasta la puerta y antes de llamar me iba. —La miro a los ojos para poder escucharla con atención—. Todos mis miedos, esos que me dicen que te puedo perder, llegaron a mi cabeza para hacerme daño. Necesitaba tiempo para callarlos, para entender todo. He comprendido que lo que hiciste tuvo un motivo detrás. Necesito saber ese motivo, Amelia.

—Ella fue una mujer muy posesiva. Al poco tiempo de cortar nuestra relación, conocí a una chica. En cuanto se enteró, hizo lo imposible para que todo fuese mal entre ambas, y lo consiguió. Cuando apareció en el bar la otra tarde, volví a recordar todo aquello. No quería que supiera quién eras para evitar que te hiciera daño, pero solo empeoré la situación. No dejaba de decir burradas, de comportarse así y yo... no fui capaz de decirle nada, cosa que lamento profundamente. Al verte marchar, todo cambió. Sentí que algo se rompía dentro de mí y, aunque un poco tarde, me enfrenté a ella. Siento de corazón que tuvieras que soportar todo aquello. Lo siento, Alba. —Las lágrimas vuelven, pero esta vez ella las limpia con cuidado.

—Yo también siento cómo me comporté. Debí dejarte explicar todo esto, pero, al verla —Suspira— sentí que yo no era nada a su lado.

—No, Alba, tú lo eres todo. Eres la mujer que me ha devuelto la ilusión y la confianza. La que me ha demostrado el verdadero amor. Te aseguro, por mis padres, que entre ella y yo no hay nada. Yo solo te quiero a ti.

Durante los siguientes minutos, al fin podemos hablar y aclarar todo con profundidad. Mientras tanto, aprovechamos para terminar esa improvisada ducha y poder arreglarnos.

—Lola estuvo en casa —dice entonces.

—Lo sé. Fui a ver a Sandra, necesitaba desahogarme con alguien. Después de contarles todo, ella se marchó. No me lo dijo, pero sabía que iba a verte.

—Creo que, una vez más, hablar con ellas nos ha ayudado.

—Sí.

—Aunque me gustaría que a partir de ahora no repitamos esto. —Busco su mirada—. No quiero estar separada de ti tantos días por una discusión.

—Yo tampoco. Si vuelve a llegar un momento así, por cualquier motivo, nos sentaremos y hablaremos las cosas. Expresarnos y comunicar nos ayudará a superarlo.

—Y a conocernos más a nosotras mismas como pareja.

—Estoy totalmente de acuerdo.

Nada más terminar de vestirnos, me acerco a ella. Cojo sus manos con delicadeza y dejo un

beso en ellas.

—¿Todo está bien?

—Sí, todo está bien. —Sonreímos.

—Lo siento, Alba.

—Yo también lo siento, Amelia.

Nos fundimos en un nuevo abrazo, uno que, de algún modo, nos hace temblar a ambas.

—Creo que nos hemos vestido demasiado rápido —susurra en mi oído haciéndome reír. Al separarnos miramos la hora.

—Tendremos que posponerlo, si llegamos tarde tu madre y la mía nos desheredarán —bromeo. Ambas asentimos entre risas.

—Se han pasado toda la semana hablando y preparando la comida. Mi madre decía que si no hablábamos por nuestra cuenta...

—... Nos obligarían a hacerlo —terminamos la frase ambas a la vez.

—Habrían sido capaces de encerrarnos en una misma habitación —digo sonriendo.

Sus manos y las mías vuelven a encontrarse, su cuerpo y el mío quedan uno junto al otro.

—Te he echado de menos —susurro contra sus labios.

—Y yo a ti. No me imagino un solo día sin ti, Amelia.

Nada más decir esto, borro la poca distancia que nos separa. No aguanto ni un segundo más sin besarla. Unos besos que se alargan durante unos segundos.

—Oye, me quedaría besándote el resto del día, pero si no nos vamos...

—Sí, tienes razón.

Cogemos nuestras cosas para salir cuanto antes.

—¿Has venido en tu coche?

—Sí, ¿por qué? —Al girarse se encuentra con una sonrisa y mi casco en la mano.

—Dime que tienes el tuyo en el coche. —Bajamos al instante, ha aparcado a pocos metros de mi moto. Abre el maletero y lo saca con una sonrisa.

—Nunca se sabe, acerté dejándolo aquí. —Se acerca y me besa.

Como de costumbre, vamos por el camino más largo. La sensación de poder volver a montar en moto, más teniéndola a ella detrás, es realmente increíble. Sobre todo, en esos tramos en los que acelera hasta el límite y ella se agarra con fuerza a mí. Reímos en cada ocasión.

Al llegar, nos encontramos a todos disfrutando en el jardín. Mi madre y Catalina hablan mientras hacen la comida, mi padre y Ana observan una parte del jardín. Supongo que hablan de las plantas que tienen delante. Alba y yo nos quedamos contemplando aquella maravillosa imagen.

—¡Benditos los ojos! —exclama Catalina al vernos paradas en la puerta—. ¡Ya pensábamos que no ibais a venir! —Nos miramos y nos sonrojamos por la insinuación. Ana y mi padre se acercan. Como de costumbre, Ana no pierde la oportunidad.

—Yo no habría venido —insinúa haciendo reír al resto.

—Pues no nos han faltado ganas —me atrevo a contestar con una sonrisa—. Pero es una comida familiar y no podíamos hacer ese feo.

—¿Estáis bien? —pregunta mi madre. Todos nos observan.

—Muy bien —contesta Alba con una sonrisa mientras me coge la mano. No les hace falta ninguna palabra más para saber que todo ha vuelto a la normalidad.

Y es que, al final, lo más importante es saber que la otra persona, pase lo que pase, va a estar ahí. Dispuesta a luchar por ti y por la relación que hay entre las dos. No hace falta más que una

simple mirada para saber que estaremos la una para la otra, que hablaremos todo lo que haga falta y que nos defenderemos con uñas y dientes en todo momento. Nuestro amor, nuestra conexión, es especial, y nada ni nadie podrá romperlo nunca.

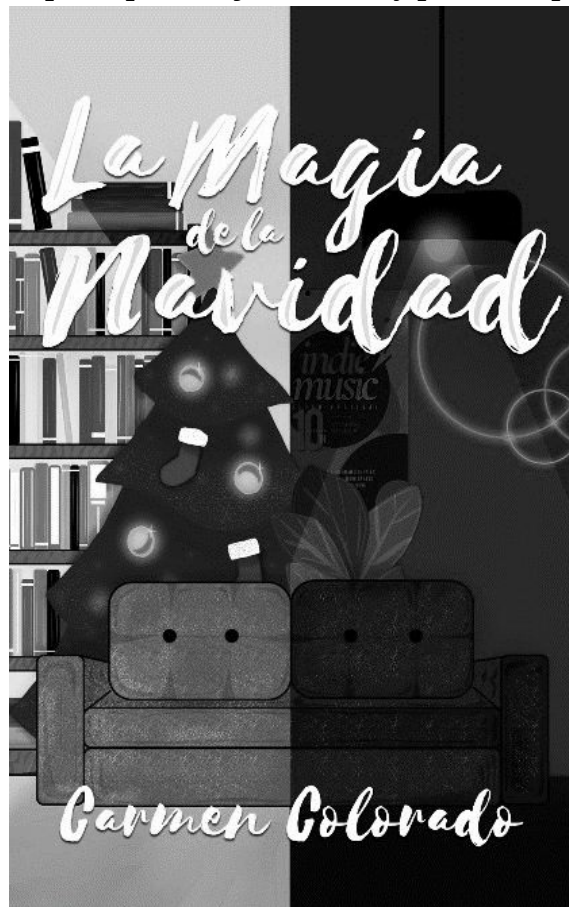
## OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

Puedes encontrar todas mis novelas en mi página de Amazon.

Todas ellas están disponibles en e-book, formato físico y gratis con Kindle Unlimited.

Si te ha gustado este libro, estoy segura de que te gustarán los que te dejo a continuación.

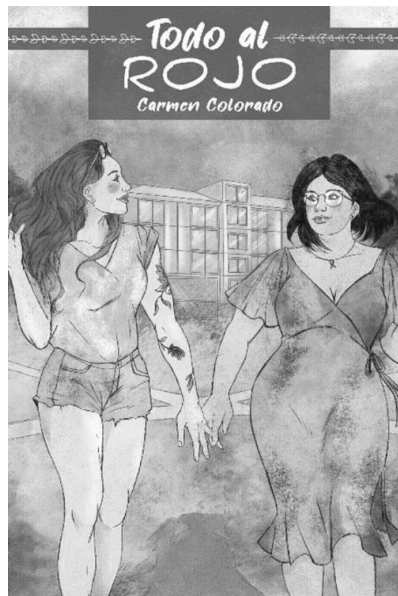
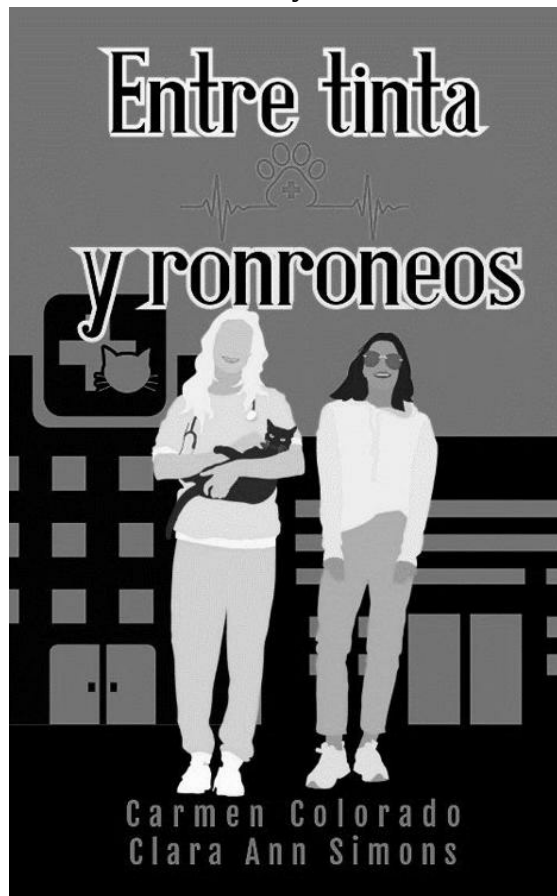
### **La magia de la Navidad** (comparte personajes con Por y para siempre)



**La vecina de enfrente**



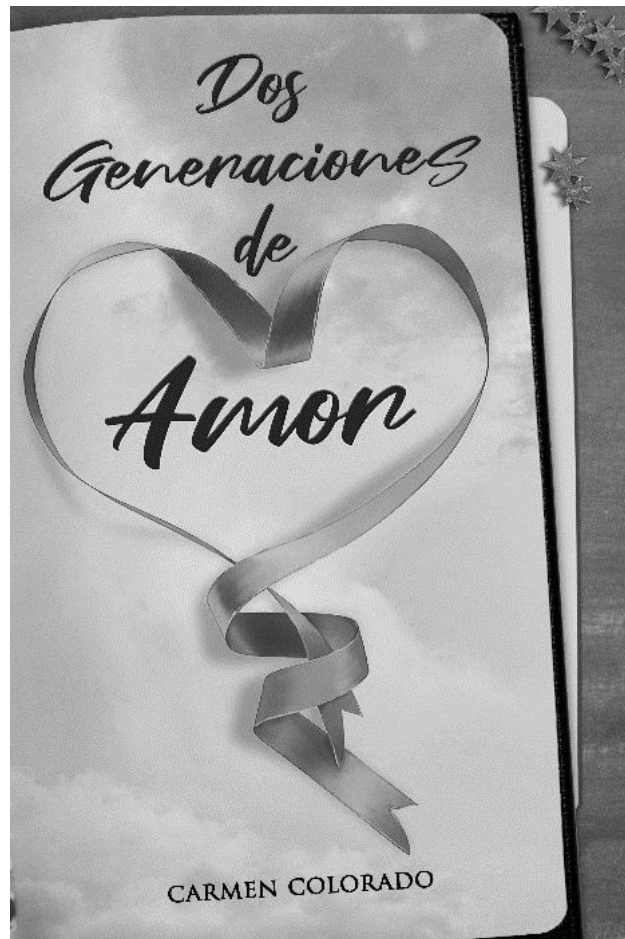
Entre tintas y ronroneos



Todo al Rojo

<https://amzn.eu/d/4i7ywEq>

**Dos generaciones de amor**



Puedes encontrarme y seguirme a través de mis RRSS:  
Twitter, Instagram y tiktok: @ccoloradowriter